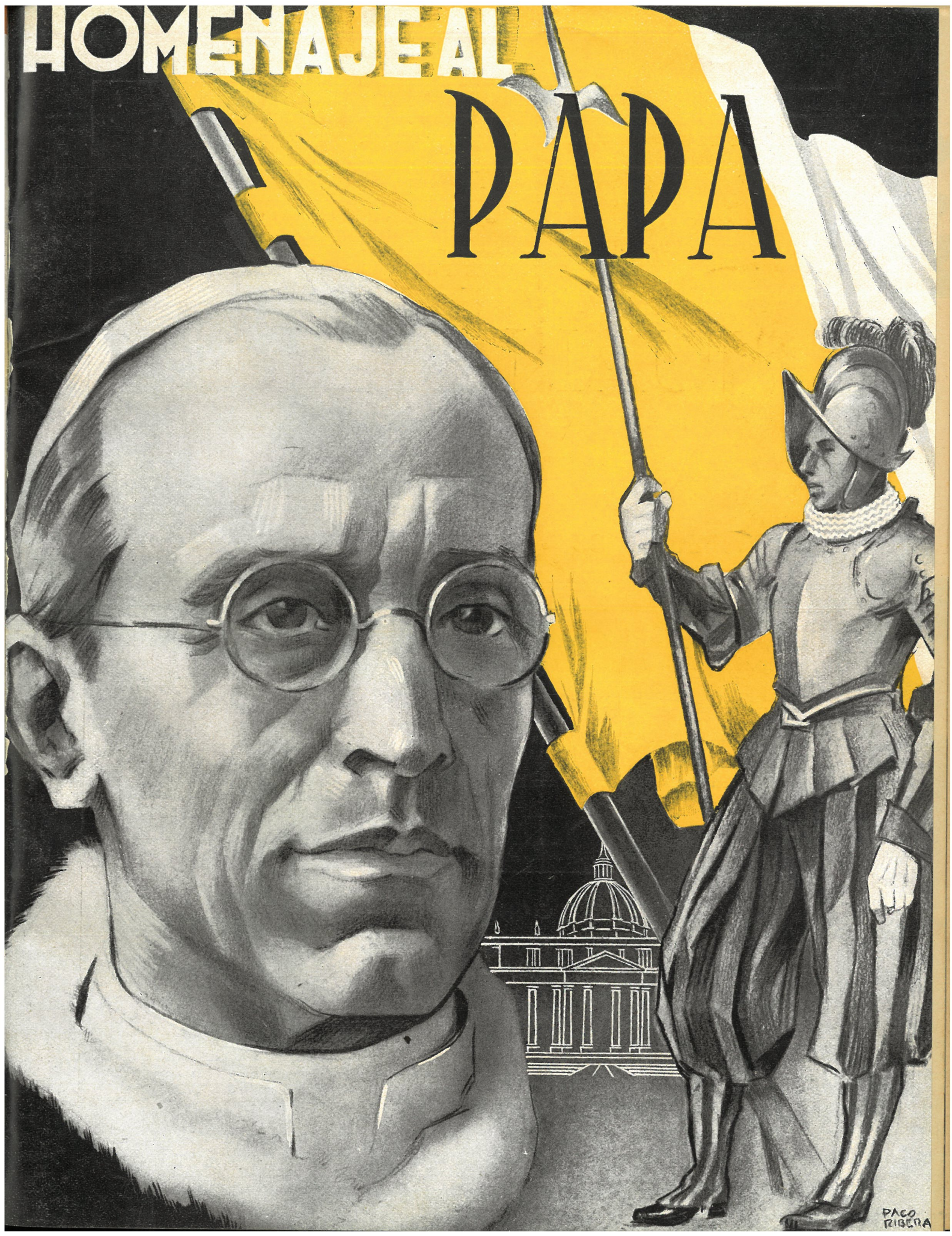
HOMENAJE AL PAPA



Imágenes • Crucifijos • Vía Crucis • Relieves

FABRICACIÓN Y RESTAURACIÓN

Especialidad en imitaciones de Arte Antiguo

TALLERES PROPIOS

JUAN SERRA

CASA FUNDADA EN 1895

NO TIENE SUCURSAL

33, Canuda, 33 • Teléfono 17207 • Barcelona

Relieves, Santas Cenas, Crucifijos, Restauración de toda clase de Imágenes y Capillas

ESCULTURA RELIGIOSA

Rosendo Olivella

Imágenes en madera y pasta de madera

BOTERS, 19-21 (continuación Puertaferrisa)

Páginas de un seminarista

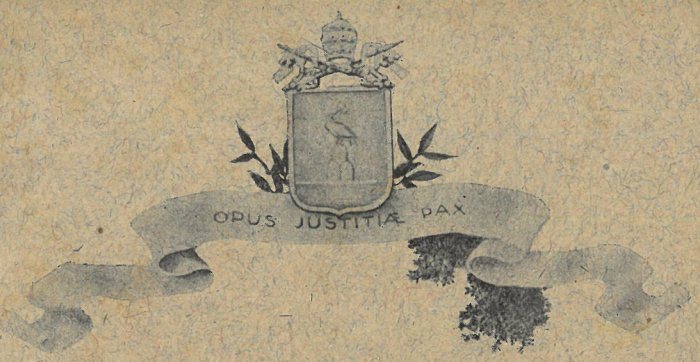
Expansiones de una alma grande. DON PEDRO RUIZ DE LOS PAÑOS, su autor, dejó impresa en estas páginas la silueta profundamente mística de su alma de apóstol • Pedidos a SEMINARIO CONCILIAR - SEGOVIA.

LECCIONES GRADUADAS

PRACTICAS DE PIEDAD: Precio, **5** pesetas

PRACTICAS LITURGICAS: Precio, **7** pesetas

Los pedidos al Colegio de Vocaciones Eclesiásticas de San José, Ceres, 1 - VALENCIA

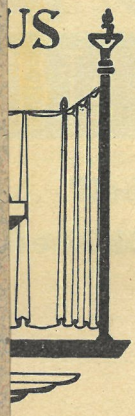


SUMARIO

ORACION AL PAPA; EL PAPA, Sr. Obispo A. A. de Barcelona; LA PERSONA DE PIO XII, Sr. Obispo de Pamplona; PIO XII Y ESPAÑA, Sr. Obispo de Málaga; AMAD AL PAPA, Rdmo. Sr. D. Buenaventura Pujol; UNA VIDA LUMINOSA; ¿QUIEN DICEN LOS HOMBRES QUE ES?, Guíu de María; NUESTRO HOMENAJE, Pedro Tarrés; OS HABLÓ PIO XII, Sr. Obispo de Lérida; ESTE ES EL MENSAJE DEL PRINCIPE DE LA PAZ; GLOSA AL MENSAJE DEL PAPA, Sr. Cardenal Gomá; ORIENTACIONES DE LA "SUMMI PONTIFICATUS": LA IGLESIA EN LOS MOMENTOS ACTUALES, Firmino Ruiz; HACIENDO LA GUARDIA AL REY DEL VATICANO; PIO XII Y LA ACCION CATOLICA, Eugenio Fuertes; MENSAJE; REPIQUES TRIUNFALES, Jesús Barranquero; OPUS IUSTITIÆ, PAX, José Ricart; PERFIL ANECDOTICO DE PIO XII.

I G I O S O

US



ESPECIALIDAD
EN RESTAURACIONES Y TODA CLASE
DE TRABAJOS
ARTÍSTICOS DE
DECORACIÓN

195
ÑA)

APARTADO 5099

MAGENES

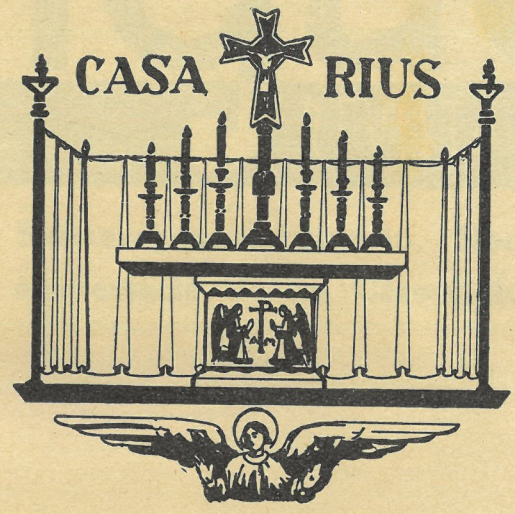
iuda de
rancisco
Rosés

GALONES
DORADOS
ARTÍCULOS
PARA EL CULTO

eva, 11-Tel. 19236 • BARCELONA

ARTE RELIGIOSO

CONSTRUCCIÓN
DE IMÁGENES
ALTARES
METALES Y
MÁRMOLES



ESPECIALIDAD
EN RESTAURACIONES Y TODA CLASE
DE TRABAJOS
ARTÍSTICOS DE
DECORACIÓN

CALLE ROSELLÓN, 195
BARCELONA (ESPAÑA)

TELÉFONO 74201

APARTADO 5099

Vinos puros de
vid para consagrar. Mosto puro

MANÁ

Agustín Serrano
COSECHERO
Proveedor del Sacro
Palacio Vaticano
MANZANARES

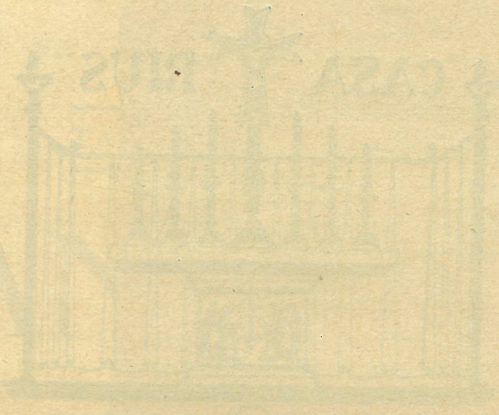
Dep. en Madrid
P.° del Prado, 42, Sandoval, 4

IMAGENES

Viuda de Francisco Rosés

GALONES
DORADOS
ARTÍCULOS
PARA EL CULTO

Pl. Nueva, 11-Tel. 19236 • BARCELONA



RESERVADO PARA LA INDUSTRIA

SALVADOR FONTCUBERTA

BENICARLÓ

Sígueme

REVISTA DE LOS SEMINARISTAS

Número extraordinario, "Dedicado al Papa" en el primer aniversario de su Coronación Pontificia, Marzo de 1940

Una voz clama en el desierto:
¡Amaos los unos a los otros!

ORACION AL PAPA

Padre Santo,
En estos graves momentos de crisis del espíritu,
En esta agonía de atardecer en el mundo,
¡Padre Santo!,
Llegue a Ti una voz amiga, un latido generoso de ardientes corazones que en tu servicio se consumen y en el amor a sus hermanos.
El mundo, Padre Santo, no sigue tus huellas, porque, al igual que las de Cristo, dejan regueros de sangre.
Pero nosotros sabemos que todas las rosas nacen entre espinas y que el sacrificio es el altar en que se encuentra a Dios.
El mundo es esquivo a la luz de tu verdad, porque sus obras son malas. Pero nosotros creemos que Tú tienes palabras de vida eterna.
El mundo se odia a muerte; mas queda perenne el ejemplo de Aquel que muriendo nos dió la Vida.

Pastor Angélico, de cándida veste como la pureza de doctrina que predicas,
Desde el Monte Vaticano, tu voz se expande a todas partes, clamando evangélica: "Paz, paz a los hombres en la tierra". Y a tus palabras responde el eco de instrumentos bélicos. Y tu paloma mensajera alza el vuelo a las alturas, donde sólo encuentra la verdadera paz.
Cuando los demás se afanan en su mutua destrucción, Tú, Pastor de todos, por todos elevas al Cielo tu oración sacerdotal.
Así orabas también un día por los que luchábamos contra los enemigos de Dios.
Y tu mano de Pontífice, la que sólo traza cruces de bendición y firma tratados de paz, tu mano omnipotente en la tierra y en el cielo, nos dió la victoria.
Y en el momento del triunfo estuviste también con nosotros. Tus palabras sobre nuestro dolorido corazón causaron la alegría de un beso de sol en las banderas victoriosas.

¡Padre Santo!
¡Aquel mensaje augusto lo llevamos grabado sobre el pecho todos los españoles!
Con su aliento queremos superar nuestra historia, ya gloriosa, de amor al Vicario de Cristo y a la Santa Madre Iglesia.
Queremos emular las glorias de nuestros mayores, los de la Cruz y la Espada, los de Lepanto y los Andes.

Y en este día solemne de tu coronación Pontificia queremos confesar otra vez nuestra fe inquebrantable en el Vicario de Cristo.
¡A la faz del mundo alzamos el grito de combate por el Papa!
Nosotros seremos los fieles, los que nunca abandonen su puesto, los que permanezcan siempre al lado del Papa.
Tu voz no será la de aquel que clama en el desierto, sino la del Padre en medio de la corona de sus hijos.
Y cuando el mundo, de vuelta, busque un camino, nosotros, con el rostro sereno, le señalaremos la Vía Sacra de Roma que lleva al Vaticano.

Símbolo de nuestros anhelos es, Padre Santo, el Homenaje que hoy Te ofrecemos.
Hasta Tus augustas plantas llegue, aromado con el incienso de los campos españoles en que florecen ya las amapolas sobre el cuerpo de los mártires.

Los seminaristas de España, los Sucesores de Francisco de Javier y Juan de la Cruz, los hijos de Santiago y Teresa de Jesús,
Los Hermanos de los Mártires,

¡ TE LO DEDICAN !

EL PAPA

El día doce de este mes de marzo se cumple el primer aniversario de la Coronación de nuestro Santísimo Padre el Papa, Pío XII, felizmente reinante. Es el Papa, en frase de S. Bernardo, el Gran Sacerdote, el Pontífice Sumo, el principal de los Obispos, el heredero de los Apóstoles, Abel por la primacía, Noé al timón, Abraham en el Patriarcado, Melquisedec en el Orden, Aarón en la dignidad, Moisés en la autoridad, Samuel por la judicatura, Pedro en la potestad, Cristo en la unción. Él es la forma de la justicia, el espejo de la santidad, el dechado de la piedad, salvaguardia de la verdad, defensor de la Fe, doctor de las Naciones, guía de los cristianos, ordenador del Clero, Pastor de la grey, Maestro de las gentes, refugio de oprimidos, abogado de los pobres, esperanza de los infortunados, tutor de los pupilos, juez de las viudas, vista de los ciegos, lengua de los mudos, báculo de los ancianos, vengador de crímenes, pavor de los malvados, gloria de los buenos, vara de los poderosos, martillo de tiranos, padre de Reyes, moderador de las leyes, árbitro de los cánones, sal de la tierra, luz del orbe, sacerdote del Altísimo, Vicario de Cristo, Ungido del Señor.

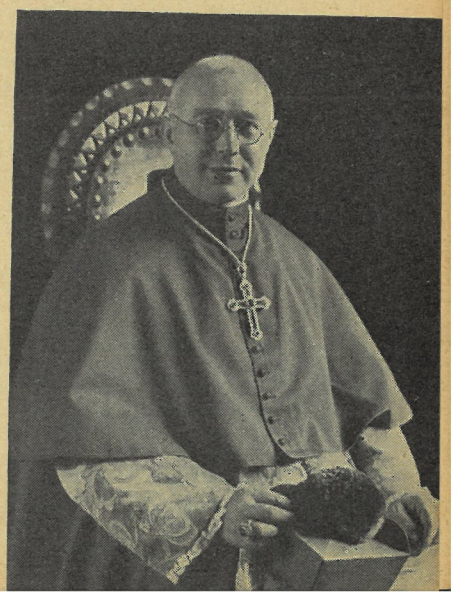
Todo eso es el Papa, piedra fundamental de la Iglesia. En sus manos sagradas están las llaves del Reino de los cielos.

De ahí nuestro cristiano regocijo en el día del Supremo Pastor de nuestras almas; nuestro interés sumo en pedir a Dios nos lo conserve, consuele y le otorgue larga vida.

Y encarna esta dignidad augusta en la sagrada persona de Pío XII ángel de paz en el mundo conturbado y entre Naciones en guerra, a las cuales dirige sin cesar invitaciones apremiantes a dirimir sus cuestiones sin derramamiento de sangre, trabajando sin tregua por que arraigue y fructifique la tranquilidad del orden, simbolizado por el ramo de olivo, que ostenta la paloma de su escudo, en el seno de los pueblos.

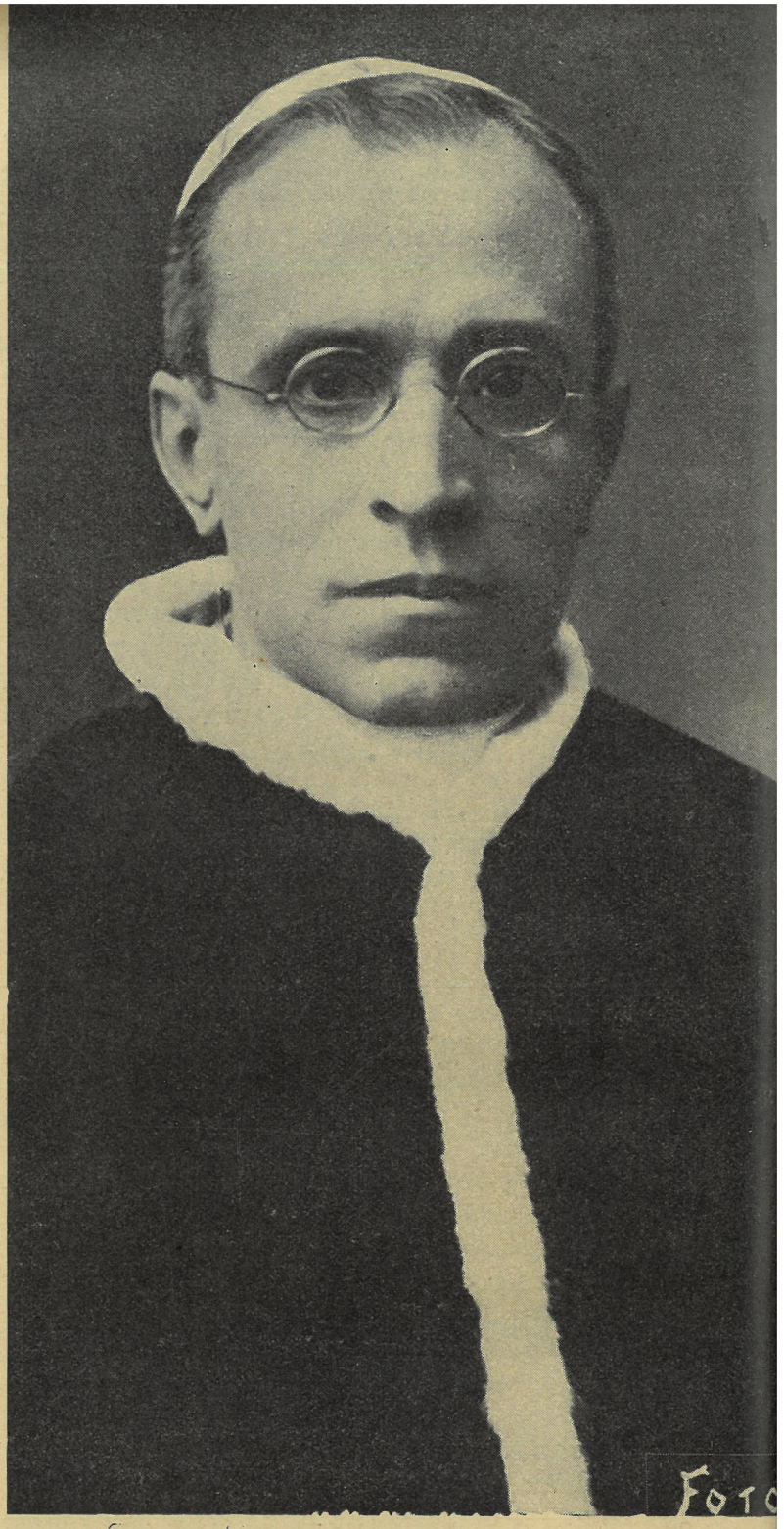
Y es para nosotros los españoles Pío XII el Papa que nos distingue con singular predilección, demostrada en todo momento, como en el solemnísimo, en que, siendo aún Secretario de Estado, hizo ante el llorado Pío XI la presentación de los que tuvimos la dicha de refugiarnos en Roma, en la audiencia del 14 de septiembre de 1936, siguiendo después con creciente anhelo —Nos consta personalmente— los progresos de los Ejércitos Nacionales hasta el triunfo grandioso de nuestras armas, que Él celebró en aquel tan sentido Mensaje que dirigió a nuestra Nación el 16 de abril último, comenzando con estas palabras: "Con inmenso gozo Nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la Católica España, para expresaros Nuestra paternal congratulación por la paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probados en tantos y tan generosos sufrimientos".

Leed nuevamente aquel Mensaje y seguramente percibiréis cómo vibra con nosotros el corazón de Pío XII.



El Obispo A. de Barcelona

LA PERSONA DE PIO XII



En Roma.

Va a hacer dos años de aquella espléndida mañana de marzo.

Acudí con puntualidad nerviosa a la audiencia que benignamente me había concedido el Cardenal Secretario de Estado, y atravesando galerías llenas de sol y ricas de color y arte, entré en el saloncito rojo: todo rojo: rojo el tapiz, rojas las sillas, las carpetas rojas; y rojos... hasta los secantes impolutos. Y fuí pensando: "ésta es la sede de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios: aquí se dan cita trascendental, la virtud y la ciencia; aquí se oye, con religiosa serenidad, palpitar el corazón del mundo; se compulsan sus latidos de hoy con los latidos de los tiempos que fueron, y se compasan todos con el querer de Dios, pues sólo "su gloria" mueve a las Eminencias que aquí discurren, con "inteletto d'amore", en sus relaciones con los poderes de la tierra".

Cortó mi meditación el suavísimo rumor de una puerta que se abría y la presencia en ella del Sr. Cardenal.

Era él, alto sin exageración, seco de carnes sin impresión de enfermo, estampa de asceta recio, cuya tez morena traicionaba, aunque pulcramente rasurada, una barba, negra aún y muy espesa.

No dibujaba su cara una sonrisa; pero de todo él trascendía un no sé qué de fino, de delicado, de aristocrático, de aéreo, de espiritual, que ganaba el alma.

Ha escrito Antonio de Trueba, que los hombres son niños grandecitos, y los niños son hombres pequeñitos.

Del hombre que me esperaba en el umbral de su despacho dijo el profesor Carussi, describiendo al mozo: "me parece ver aún, aunque han pasado tantos años, ante mi cátedra, absorto y atento, a un joven de noble aspecto, flaco, alto, de figura ascética, siempre pensativo, con una actitud que demostraba su entrega de lleno al estudio de los problemas del espíritu. Conservo de él el recuerdo más simpático y elevado".

A una amable indicación, tomé asiento y descargué ante él los tesoros que me había llevado de Navarra, con la mayor ufanía.

Mis tesoros, tres cuadernos, cuyas elegantes portadas eran un canto al arte y a la virtud de unas manos monjiles:

NAVARRA Y LOS SACERDOTES MARTIRES, llegados a ella a través de las nieves del Pirineo;

NAVARRA Y LOS POBRES REFUGIADOS DE LA ZONA ROJA; los que traían en el alma noble, el recuerdo del tiempo feliz en la miseria;

NAVARRA Y LAS IGLESIAS DEVASTADAS.

Fué hojeando con paterno cariño y ponderando con sencillez y justicia la poesía elocuente de las cifras.

Recuerdo que, siendo la conversación como las cerezas, que al tirar de una vienen prendidas en ella un montón de sus rojas hermanas, rodó la mía a la política, y oí de labios del Cardenal, cumbre de lo mejor de la tierra, estas palabras:

"Esa es la única buena; la fundada en la verdad, en la sinceridad y en la caridad".

Y recuerdo que sonó en el reloj de San Pedro la primera campanada de las doce, serena, sonora y grave, como una voz hecha a retumbar en el seno de los siglos, y que el Cardenal cortó en seco su palabra, se irguió como un Hierarca, juntó sus manos, recogió sus ojos, abrió sus labios y con pausa y unción impresionante — unción

que entró en mí y pervadió mi espíritu — desgranó la salutación angélica, a la que fuí haciendo eco como un discípulo feliz.

El Cardenal era un hombre de Dios.

Nació en Roma, siendo su padre, el Comendador Felipe Pacelli, Decano del Cuerpo de Abogados Consistoriales y su madre Virginia Graziosi, el dos de marzo de 1876.

Frecuentó privadamente las escuelas elementales, pasando luego al Colegio Ennio Quirino Visconti, en el que logró, con el mayor aplauso, el título de bachiller.

Inició la carrera eclesiástica en el Capránica, cultivando intensamente su vocación sacerdotal — despuntada en los años de la mocedad —, y seguida con entera y generosa dedicación a los designios divinos; y la terminó en la Apolinar, siendo ordenado sacerdote el año 1890.

Fué una vocación pastoral contrariada, pues a pesar de su amor por la cura de almas, la voluntad de los Superiores lo destinó a la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, misión que no abandonó ya hasta su partida de Roma; misión que enlazó, siendo ya doctor en Teología y en ambos derechos, con la enseñanza de las Instituciones Canónicas en el Seminario Romano, y con la competentísima colaboración prestada al Cardenal Gasparri, en la obra monumental de la Codificación del Derecho Canónico, coronada con la promulgación del mismo el año 1917.

En medio de la guerra mundial, y cuando no tenía aún la Santa Sede representante en Berlín, fué nombrado por Benedicto XV, Nuncio Apostólico en Munich de Baviera, y consagrado por el mismo Papa, Arzobispo titular de Sardis. Las graves y delicadas situaciones que supo vencer, con la mayor fortuna, como Nuncio en Baviera y más tarde en Berlín, sus preclaras dotes de bondad, de prudencia y de destreza, le granjearon el aprecio de todos y lograron el Concordato de Baviera el año 1925, y con Prusia, cuatro años más tarde.

Fué nombrado Cardenal por Pío XI, en el Consistorio de noviembre de 1920, con el título presbiteral de San Juan y Pablo y elegido, pocos meses después, Secretario de Estado; y por tanto, Prefecto de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios y Presidente de la Comisión Cardenalicia Administrativa de los bienes de la Iglesia. A la muerte del Cardenal Merry del Val, Arcipreste de la Patriarcal Basílica Vaticana.

Diez años justos pasó, prestando a Pío XI, alta, preciosa e iluminada colaboración, en todas las grandes obras de un pontificado, que deja la más profunda huella en la Historia de la Iglesia, con un trabajo asiduo, sin paradas ni reposos; poniendo en el mayor relieve altísimas dotes espirituales, culturales y diplomáticas, en representaciones, en discursos y en escritos, llevando a cabo los concordatos con Baden, Austria, Alemania, Yugoeslavia y Rumania.

Legado del Papa en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires (con visita a Río Janeiro y Montevideo), en Lourdes, un año más tarde, para cerrar con un triduo de oraciones el jubileo de la Redención; en su viaje a Estados Unidos (con audiencia de Roosevelt); en Lisieux, para inaugurar la Basílica a Santa Teresita del Niño Jesús, y en el Congreso de Budapest, con la palabra bella y encendida, con el encanto de su piedad profunda, supo converger hacia el Vicario de Jesucristo y su obra, la mente y el corazón de incontables muchedumbres.

La tercera humareda, ya blanca, que se elevaba al Cielo romano, en la tarde del 2 de marzo de 1939, después de sólo una jornada de reunión, anunciaba al mundo que el que había entrado en el Cónclave papable, salía Papa; que, a pesar de haber transcurrido casi tres siglos sin que el Secretario de Estado fuera elevado a la silla de Pedro, era ascendido a ella el fiel servidor de Pío XI, el mismo día en que marcaba el reloj de su vida los sesenta y tres marzos; tomando el nombre de Pío XII y el mote "Opus Justitiae, Pax", y por escudo de armas tres bloques de plata en campo azul, con una paloma de oro, que lleva el ramo de olivo en el pico, mientras en el cielo se dibuja el arco iris; símbolos bíblicos de la ansiada paz que el mundo busca.

Arriesgado es lanzarse a destacar las cualidades más salientes en un hombre en el que todo es preeminente, y adivinar el enfoque futuro de un Supremo Pontificado.

Me atrevo a pasar esa mar, con rapidez y con miedo, confiado en mi buena intención y en vuestra caridad exquisita, parándome en las dotes de esta trascendental psicología y en el propósito que resalta fuertemente su escudo heráldico.

INGENIO SINGULARMENTE PRECLARO. Así lo ha descrito el profesor Viviani, del Colegio Visconti: Era Eugenio modelo de alumnos, serio, estudioso, inteligentísimo; y su profesor Carussi, en la Universidad de Roma: "Era de una inteligencia profunda y de un gran fervor por el estudio."

Un rival de escuela tuvo por aquellos tiempos; rival por el cual ha tenido siempre un gran amor de hermano. Era el joven rival Federico Tedeschini.

Prueba de su ingenio preclaro, la brillantez de su carrera; prueba, la gran facilidad para el estudio de las lenguas, pues habla siete con gran propiedad, y entre ellas la majestuosa lengua de Castilla. En las siete saludó a los representantes de la prensa mundial, reunidos en el Congreso de Roma; lo que le valió esta broma laudatoria de Pío XI: "Ha sido un discurso, el suyo, de Pentecostés"; "et audiebat unusquisque lingua sua illum loquentem".

Prueba, la sagacidad de sorprender la ocasión propicia para persuadir a los poderes de la tierra a dejar vía libre al poder del espíritu.

MEMORIA PRODIGIOSA, que le inspira a la letra y sin variar una tilde el discurso de Lourdes, escrito y no estudiado. En sermones y discursos, parece que Pío XII no diga una palabra que no haya previamente pensado, con profundidad y elegancia; elegancia que persuade de la presencia en él de un gran literato.

Su discurso en la Academia Pontificia de Ciencias es un canto soberano a la inteligencia, a los descubrimientos del hombre y a la hermandad de la ciencia y la fe; todo él salpicado de citas afortunadísimas de la Sagrada Escritura, lleno de las profundidades de San Agustín, perfumado con las flores de los mejores poetas (Dante Alighieri — de quien me parece enamorado el Papa — y del sonoro Monti).

JUSTEZA DE TERMINOS. La palabra le obedece como esclava: pureza de estilo, elevación de mente y fantasía, pulcro, sobrio, natural, cuajado todo de aquella desesperante facilidad que canta Horacio.

Yo diría que el selecto auditorio dió al Papa la ocasión para pronunciar su discurso tipo; pues, a mi ver, todos se le parecen en el esmero, en la elegancia, en la precisión, en la agradable naturalidad, en la ausencia de palabra ociosa, en la verdad que cada una en su rincón modula, discurriendo todas como río sereno y caudaloso en el cauce de la ciencia y de la fe.

Así es el ingenio y la instrucción del Papa.

Pero ni la mente preclara del estudioso, ni la sabiduría del teólogo, del exégeta y del canonista; ni la sagacidad y sutileza del hombre de Gobierno, ni la finura de la persona y del estilo, ni la elegancia y elevación de fantasía del literato constituyen, a mi ver, la nota esencial de esta psicología trascendente, pues todas estas notas no son más que destellos de un algo más trascendental aún y más profundo.

Yo definiría al Papa diciendo que es el "hombre de la vida interior"; de esa vida que tiene por base la intimidad con Dios, la conversación filial con El, la entrega amorosa, la voluntad pronta y fácil al querer divino; en una palabra, "la piedad", y que tiene por secuela el do-

minio de sí propio, de los impulsos externos e internos; y, como nos diría San Juan de la Cruz, "el tener ya la casa sosegada"; y con ese sosiego, la serenidad, la dulzura y el equilibrio de los hombres, cuyo corazón y cabeza parece que se acuestan en los brazos amorosos de Dios Padre.

Delicadeza de piedad rodeó la cuna de este astro en el hogar materno; delicadeza de piedad intensificaron en el corazón bien nacido los PP. del Oratorio, con el Círculo de la Iglesia Nueva, encendida y reducida fragua en que se forjaban los mejores niños de Roma, presididos por el gran cuadro de la Virgen, de Santa Cecilia y de San Felipe de Neri, del "Pippo Buono", como le dicen los chicos de la Urbe.

Aquellos ojos negros del Eugenio de diez años tenían ya seriedad; presagio y vislumbre de la vida interior, de aquel abrazo con lo divino, de aquella unión con la Iglesia del juicioso monaguillo del clero infantil, que dejaba todos los días plegadita su sotanilla sobre un pobre escaño de la sacristía recoleta.

Piedad maciza, ya en sus años mozos, ansia de las cosas del espíritu, ansia que dividía con él su "alter ego" y que hizo decir a uno de sus profesores esta chanza cariñosa, que ha resultado profecía: "uno de vosotros dos llegará a ser Papa".

Seminarista ejemplar, ascendió al sacerdocio rebosante de piedad y celo, con ardor vivísimo por la cura de almas, por darse todo a todos, para ganarlos a todos.

Acudían las almas a él como se acude al sacerdote santo, y hoy, a todo el que visita la iglesia de San Felipe se le visbisea al oído, señalando con el dedo un confesionario a la izquierda de la puerta de entrada, marcado con el número 4: "Aquí confesaba el Papa".

Allí pasaba largas y largas horas, consolando, iluminando y absolviendo, el que había de tener un día el supremo poder sobre las almas.

Tierno amante del Sagrado Corazón de Jesús (bien lo dice la ocasión y el prólogo de su primera Encíclica), predicaba los primeros viernes de mes, con tanta inspiración y celo, que acudían a oírle muchas almas escogidas, las que asistían, ciertamente, con intensa sensación de piedad a sus misas, de las que queda constancia en el registro de la Iglesia, en una bella, clara y fina caligrafía humanística que dice "Eugenius Pacelli".

¡Cuántos y cuántos recuerdan la posición extática, como de estatua orante, en largas y largas horas de Iglesia, sin dar la menor impresión de cansancio!

¿A quién no ha conmovido, como me conmovió a mí, aquella mañana de marzo la actitud rezadora del Papa?

Los que le veían de cerca, en Roma y en sus largos viajes, decían que el Cardenal era un santo; y casi lo decía Pío XI, en la carta con que le llamó a la Secretaría de Estado, al ponderar "la confianza nacida de su espíritu de piedad y oración, que no podían menos de proporcionarle la ayuda de Dios; y lo decía la voz de la verdad por los labios del pueblo de Roma, cuando gritaba: "Si queréis un Papa Santo, elegid al Cardenal Pacelli".

Esa es la dote trascendental del Vicario de Jesucristo: la vida interior, su unión con Dios, su piedad, su santidad; de ella, como de fuente, nace esa armonía de sus grandes cualidades.

De ese espíritu de vida sobrenatural, la prudencia exquisita, la elevación de miras, la delicadeza de su persona y estilo, la dulzura reglada de su trato, el sentir dulce de la misericordia de Dios con los hombres, el no apagar la lucecita que humea, el no querer desgajar la cañuela quebrada.

Por eso creemos que su Pontificado será una continua llamada a la vida de la gracia, a la vida interior, a elevarse sobre la materia, para vivir de Dios: sacerdotes y fieles sentiremos la voz del Pastor de los pastores, diciéndonos sin cesar: "Arriba el corazón".

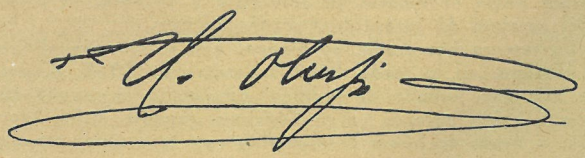
El llevará a un mundo, en que la fuerza brutal, con dos signos que en el fondo san uno, ha cogido las riendas del poder, a las vías del espíritu; y lo llevará con el empuje suave de su mano paterna y ungida, al calor de su oración, a la fuerza persuasiva de una inteligencia soberana, que no busca más que a Dios, y a la caricia de una finura de trato que no ha tenido superior en la Historia. No veremos levantar el cayado del Pastor sino para usar el garabato, y la oveja perdida y sarnosa, con amor volverá al hato, que decía nuestro sencillísimo Timonera.

Pacelli y Graciosi.

Paz y Gracia.

Dios nos lo conserve por muy largos años; que su paloma mensajera de paz pose el vuelo sobre el arco de olivo gigantesco que tracen un día cercano, cansadas y sanas las naciones guerreras de la tierra.

MARCELINO, Obispo de Pamplona



PIO XII Y ESPAÑA

Aun a trueque de hurtar unos momentos a las múltiples y graves tareas pastorales propias de mi cargo, no he vacilado en aceptar la atenta invitación que el Director de la Revista SIGUEME me dirige de ofrecerle unas líneas para el número extraordinario que prepara como homenaje de veneración y amor filial al Papa.

Tan honrosa y elevadísima finalidad junto con el carácter e índole de la flamante y simpática publicación, escrita en su mayor parte por y para seminaristas, motivos son que, a cual más, obligan y casi diríamos que coaccionan a un Prelado, que no puede menos de llevar muy dentro del alma ambos nobilísimos ideales.

Y, concretando mi pensamiento al título que encabeza estas líneas y que se me ha insinuado por tema, ¿qué podré yo decir que no esté en el ánimo y en la memoria de todos los españoles? Sencillamente, mi afirmación o tesis es que la Santidad de Pío XII, en el único año que lleva de pontificado, ha dado ya pruebas patentes de que hasta en ese punto del amor y solicitud paternal por nuestra querida patria, sigue la ruta trazada por todos los Pontífices de los últimos tiempos, y en particular se muestra digno sucesor y heredero de su Maestro e inmediato Predecesor.

Ya en sus juveniles años, cuando nos cupo la suerte de ver cruzar por las calles de Roma la figura esbelta y elegante, al par que modesta y atrayente, de Monseñor Pacelli, pudimos apreciar su peculiar interés por las cosas de España en el trato y amistad que cultivaba con la colonia española, y mayormente con nuestro Pontificio Colegio, en cuya capilla tuvimos el placer de oír de sus labios uno de esos sermones suyos, tan llenos de elocuencia y de religiosa unción.

Elevado ya más tarde a la cumbre de la dignidad cardenalicia y asociado tan íntima y eficazmente al paternal

y sapientísimo gobierno del inmortal Pío XI, en circunstancias en que nuestra patria tanto hubo menester de las orientaciones, normas y consolaciones pontificias, no es maravilla que aquel interés y amor a España, que siempre había sentido el antiguo Monseñor, se fuesen intensificando en el Cardenal Secretario de Estado, y alcanzasen su plenitud y coronamiento al ascender a la Cátedra de San Pedro, para continuar considerando y tratando a la católica España como la nación predilecta de la Santa Sede.

Testigo aquel augusto y efusivo mensaje con que, apenas fué elevado al solio pontificio, contestaba a la felicitación de nuestro invicto Caudillo, "formulando votos por nuevos éxitos conformes con sus gloriosas y católicas tradiciones y bendiciendo **cordialmente** a la **amada** España".

Testigo aquel otro con que a los pocos días, terminada felizmente nuestra guerra, felicitaba al Generalísimo y a toda España por la victoria conseguida, "haciendo votos porque ese **queridísimo** país, alcanzada la paz, emprenda con nuevo vigor sus antiguas cristianas tradiciones que tan grande lo hicieron".

Testigo, de mayor excepción, el paternal y gratulatorio mensaje que desde la Radio vaticana dirigía con honda emoción y en correcto castellano el 16 de abril a todo el pueblo español, en cuyas primeras palabras decía textualmente: "Con inmenso gozo Nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la católica España, para expresaros Nuestra paternal congratulación por la paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra Fe y de vuestra Caridad, probadas en tantos y tan generosos sufrimientos."

Y por si todo esto fuera poco, todavía resuenan en nuestros oídos y en nuestro corazón los ecos jubilosos de aquella memorable audiencia que Su Santidad concedió el 11 de junio a los 3.000 legionarios españoles que, acompañados por sus jefes y oficiales y presididos por el ministro de la Gobernación, acudieron al Vaticano para postrarse ante el Vicario de Cristo y recibir su bendición apostólica. Y resuenan sobre todo aquellas palabras de su Alocución tan sentida, tan efusiva, tan paternal.

Finalmente, no hace muchos días, con motivo de la Asamblea General de Acción Católica celebrada en esta Diócesis, nos refería un joven propagandista, Delegado del Consejo Nacional, la audiencia que por excepción honrosísima otorgó Su Santidad el pasado mes de septiembre en su palacio de Castellgandolfo a un grupo de jóvenes universitarios españoles que regresaban del Congreso de "Pax Romana". —Vosotros — les preguntaba amablemente — en vuestra pasada guerra, ¿luchabais por Cristo? —Sí, Santísimo Padre — contestaron ellos. —Y ¿estáis dispuestos, si fuere preciso, a continuar luchando hasta dar vuestra vida por Cristo? —Hasta morir por Cristo — replicaron decididos. —Pues mirad — añadió gravemente el Papa —, cuando yo veo a las hordas rusas avanzando sobre las naciones de Europa y amenazando su integridad e independencia, mis más firme esperanza, después de Dios, es la fe invicta y generosa de los pueblos hispanos.

Ya lo sabéis, jóvenes levitas muy queridos, a quienes directa y principalmente se dirige esta Revista: Nuestro Santísimo Padre Pío XII está con España, se preocupa por España, siente un hondo cariño y predilección por España, tiene sus esperanzas puestas en España.

Pues... amor con amor se paga. Y, en cuanto de vosotros dependa, no defraudéis esas esperanzas pontificias.

Málaga, febrero 1940.

BALBINO,
Obispo de Málaga

¡Amad al Papa!

DIRECTOR GENERAL DE LA HERMANDAD DE SACERDOTES OPERARIOS

Gran cosa, por cierto, demostrar el amor al Papa defendiendo contra la herejía sus derechos tan egregiamente como un San Roberto Belarmino, Doctor de la Iglesia.

Hermoso también amarle hasta el punto de dejarle en testamento el propio corazón, magnífico rasgo del gran patriota O'Connell, forjador de Irlanda.

Un encanto de tierno amor el filial espíritu de Santa Bernardita de Soubirous, en su graciosa carta al Pontífice de la Inmaculada: "Desde hace ya muchos años, Padre Santo, esta pobre sierva se alistó en vuestro ejército, cual pequeño zuavo; por Vos combate, con las armas de la oración y del sacrificio."

Amor igualmente práctico y fecundo al Vicario de Jesús, el del celosísimo inspirador de esta revista para Seminarios, inflamado apóstol de los jóvenes, formador del clero, sacerdote santo, Manuel Domingo Sol, quien, con fe y gozo de su alma indescriptibles, condujo a los pies del Papa la primera peregrinación nacional de Juventudes de toda España y — meses más tarde, abril 1892 — fundó en Roma el Colegio Español de San José, don de Dios a esta tierra, enérgica promesa, para el Papa, de adhseión eterna por parte de nuestra Patria.

Todas esas variadas modalidades de hondo amor al Romano Pontífice hacen vibrar en ansias de emulación al alma creyente, bien sabedora de que el Papa es, por decirlo así, el mismo Jesucristo; Jesucristo amabilísimo, viviente entre nosotros.

Ahora bien; existe, por fortuna, un linaje de amor al Papa que está muy al alcance de la virtud de todo fiel cristiano, aun de quienes no somos ni apóstoles, ni santos, ni genios, ni doctores. Con una particularidad muy consoladora: que es él, precisamente, el que da valor y autenticidad a todas las piadosas manifestaciones de ciertas figuras extraordinarias. ¿En qué consiste dicho amor? Muy sencillo. En que cuantos nos tenemos por verdaderos y fieles hijos de la Iglesia recibamos como dirigidas a cada cual estas palabras de Pío XI: "Que la piedad filial que tengáis al Papa os disponga para con él no solamente a la estricta obediencia, sino a la obediencia amorosa que estudia el pensamiento paterno para comprenderlo; y no sólo para comprenderlo, sino para ponerlo en práctica con fidelidad cada día más afectuosa y más perfecta." Entonces quedará cumplido aquel otro deseo del mismo Pontífice: "El amor a Jesús sea en vosotros amor a su Vicario."

Buenaventura Pujol

Una vida luminosa

En el Círculo della Chiesa Nuova. Eugenio Pacelli

El día 2 de marzo del presente año cumple los sesenta y cuatro el 262 Sucesor de San Pedro en la Cátedra de Roma, Su Santidad Pío XII.

Ese mismo día, el año pasado, a los 63 de su edad, ascendía al Trono Pontificio el que hasta entonces había sido Eminentísimo Cardenal Pacelli, Secretario de Estado.

La vida del actual Pontífice puede decirse que desde sus primeros años ha girado en torno del Vaticano. Veníanle ya de familia estas relaciones con los Soberanos Pontífices, puesto que entre sus antepasados se hallan varios que sirvieron al Papa Rey en importantes negocios de la Corte Pontificia. Un bisabuelo suyo fué Ministro de Hacienda del Estado Pontificio bajo Gregorio XVI, en la primera mitad del siglo pasado; Ministro del Papa fué asimismo su abuelo, Ministro de Negocios Extranjeros con Pío IX, con quien acaba el dominio temporal de la Santa Sede; y su padre, el Marqués Pacelli, fué también un personaje influyente en la Corte Vaticana bajo León XIII, Pío X... De esa misma familia fueron también los que destinó la Divina Providencia para llevar a feliz término el Concordato con Italia por Los Pactos Lateranenses; el Marqués Francisco Pacelli, hermano del Papa, fué uno de los que más intervinieron en la conciliación, y el mismo actual Pontífice, siendo colaborador del Cardenal Gasparri.

Pío XII nació en Roma el 2 de marzo de 1876. Sus padres: el abogado D. Felipe Pacelli — Decano de los Abogados Consistoriales —, y la Noble Matrona, doña Virginia Graziosi.

Eugenio Pacelli hizo privadamente sus primeros estudios hasta entrar en el Liceo "Ennio Quirino Visconti".

Pertenecía a la Parroquia de San Celso, pero el noble abogado prefería enviar a sus dos hijos, Eugenio y Francisco, a la vecina Iglesia de los Filipenses, en donde, fundado por el P. Lais, funcionaba un Círculo juvenil que reunía a los jóvenes más selectos de las mejores familias de la vieja Roma.

De estos años felices de la infancia se conserva un grupo fotográfico de los niños del Círculo, distinguiéndose entre ellos los dos hermanos Pacelli. Es de notar en él la semejanza de carácteres entre ambos hermanos. Y en sus ojos vivos y penetrantes parece brillar la luz del ingenio que haría de ellos dos hombres grandes en el mundo.

En este Oratorio, junto al sepulcro del Gran Patrono de Roma, tuvo Eugenio su primer contacto con la vida de la Iglesia. Allí se inscribió en el "piccolo Clero", de monaguillo. Bastantes años después — siendo ya Secretario de Estado — vuelto a la misma Iglesia para predicar la apertura de la visita a las Siete Iglesias, se complacía en recordar a los Padres Filipenses su primer servicio al altar, indicando aún el escaño en que dejaba plegadita su sotana de monaguillo.

La Madre del Papa. Doña Virginia Grazziosi

SALUS POPULI ROMANI ADSIS!

Sintiéndose llamado a la carrera sacerdotal, la abrazó generosamente obteniendo en ella con brillantes calificaciones los doctorados de Filosofía, Teología, Derecho Civil y Canónica. En 1899 salía de la Pontificia Academia de Nobles Eclesiásticos, en la cual terminaba así mismo la carrera diplomática.

Su primera Misa quiso celebrarla, como buen romano y amante hijo de María, en la Basílica Liberiana, Santa María la Mayor, donde se conserva el cuadro de la Virgen bajo la advocación "Salus populi romani", y que es tradición fuese el pintado por San Lucas. Desde aquel día constituyó a la Santísima por Protectora de su sacerdocio, y volvió a constituirla de su Pontificado el día 8 de diciembre de 1939 en la visita que le hacía al conmemorarse el cuadragésimo aniversario de su primera Misa. "Este Templo Máximo de la Santísima Virgen — decía — siempre nos fué sumamente predilecto desde la infancia. Nos gustó porque en el corazón mismo de nuestra ciudad natal se abre como la casa materna donde la Reina del cielo y de la tierra reina con su misericordia, impera con su dulzura, concilia el perdón, ofrece el auxilio necesario. Nos gustó porque él cobija aquel amable Pesebre en el cual, como dice la pía tradición, dió los primeros vagidos el Salvador Niño; porque conserva expuesto a la veneración los restos del Sumo Pontífice Pío V; porque, en fin, es tan insigne por el sentimiento de devoción que engen-

Monseñor Pacelli.
Nuncio en Berlín

dra, por su magnificencia, por su belleza, por su gracia. Por eso, precisamente, Nos en el momento en que recibimos la ordenación sacerdotal e íbamos a celebrar la primera Misa, lo escogimos y, en la Capilla Borghese, con santa alegría ofrecimos los Santos Misterios circundados de la alegría de los padres, de los parientes, de los amigos".

Entre los amores más fervientes de Pío XII hay que contar el profesado a la Santísima Virgen. Y a ella refiere el mismo Papa toda su labor sacerdotal: "Hemos de reconocer que nuestro sacerdocio, habiendo una vez alcanzado la protección de la Madre de Dios, fué siempre defendido por ella. Si, en efecto, en la larga carrera de nuestra vida hemos podido hacer algo de bien, de utilidad para la fe católica, no nos gloriamos de ello como de cosa nuestra sino en Dios y en Nuestra Señora. Confiados un día a la tutela de María, en los momentos de duda y de ansiedad, por que hemos pasado en gran número, la hemos invocado siempre dulcísima Madre, y, sin faltarnos nunca la esperanza que en ella teníamos depositada, de ella hemos obtenido luz, ayuda, fortaleza".

El recordatorio de su primera Misa rezaba: **"Alma Dei Parens — Ad Cuius aram — Immortali Deo-Primitus litavi —, Salus Populi Romani — Adsis".**

HACIA LA CATEDRA DE PEDRO

Las almas grandes no pueden permanecer por largo tiempo sin ser descubiertas. Su vida interior tiene la fuerza expansiva de la luz, y, si la modestia trata de esconderlas para que no brillen vanamente en público, Dios se encarga por medio de los acontecimientos de ponerlas sobre el candelero para edificación de su Iglesia.

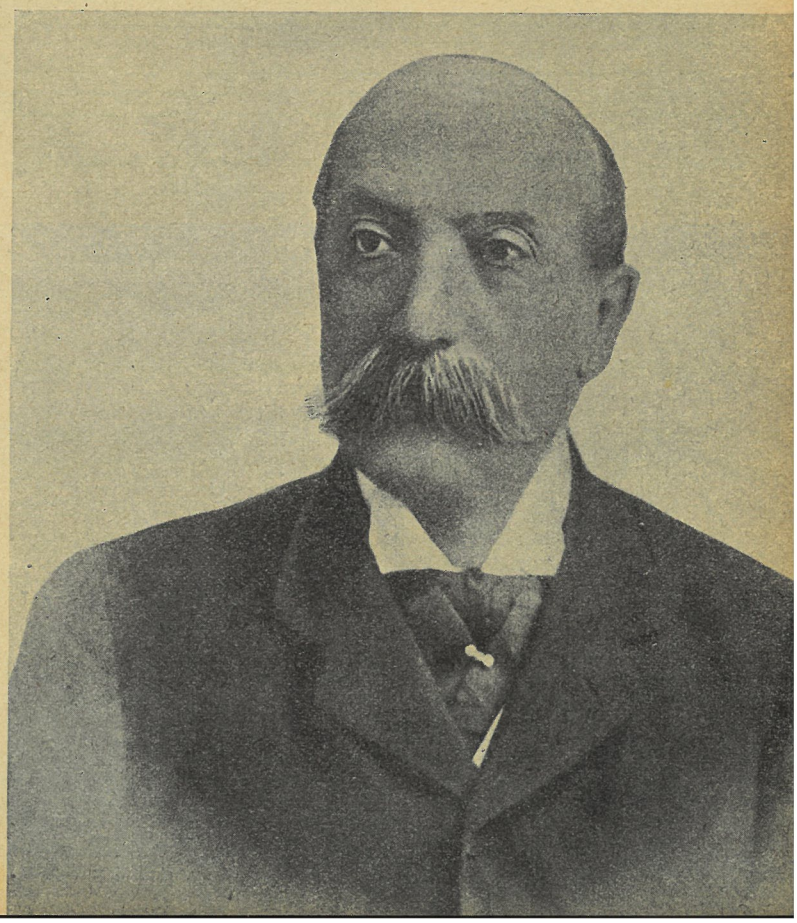
Poco después de su ordenación sacerdotal, en 1901, D. Eugenio Pacelli era llamado a la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Allí empezó primeramente de "aprendiz", de "minutante", al mismo tiempo que explicaba Derecho en la Pontificia Academia del Apolinar del Seminario Romano; pero el Cardenal Gasparri, ya Secretario de dicha Congregación, adivinó en él dotes extraordinarias para la carrera diplomática, y le persuadió que abandonase la cátedra para dedicarse de lleno a servir a la Iglesia en los asuntos de la Sagrada Congregación. Poco después el mismo Pontífice le nombraba Secretario de la Congregación de Asuntos Exteriores Eclesiásticos, cargo que continuó desempeñando durante el Pontificado de Benedicto XV, quien personalmente había podido apreciar las dotes del joven sacerdote, siendo sustituto del Secretario de Estado. Juntamente con estas ocupaciones, Monseñor Pacelli colaboraba eficazmente con el Cardenal Gasparri en la colosal elaboración del Código de Derecho Canónico, promulgado finalmente por Benedicto XV en 1917.

Tal era el prestigio que Monseñor Pacelli había sabido conquistarse con su virtud exquisita y fino tacto diplomático que fué considerado por el Cardenal Marry del Val, entonces Secretario de Estado, como el diplomático más a propósito para afrontar la peligrosa situación, durante la guerra europea, en la Nunciatura de Munich en Baviera. La dificultad del cargo era grande, por estar en su apogeo la guerra y por no contar aún la Santa Sede Nunciatura en Berlín. La Capital de la católica Baviera, era, por lo tanto, la avanzadilla de la Iglesia en el mundo germánico.

A Monseñor Pacelli se le confirió el título de Arzobispo de Sardo y era consagrado personalmente por Benedicto XV en la Basílica Vaticana el 13 de mayo de 1917.

Prueba de la labor diplomática llevada a cabo es que tres años más tarde, establecidas relaciones cordiales entre la Santa Sede y el Reich Germánico, Monseñor Pacelli era destinado, con satisfacción común, para Nuncio Apostólico en Berlín con el carácter de tal para toda Alemania, excepto Baviera que continuaba teniendo cierta autonomía de Anunciatura, aunque regida también por el mismo Monseñor Pacelli hasta el agosto de 1925.

Aquella vida que desde los primeros años se había orientado al servicio de la Iglesia, aquí fué donde más generosamente se consagró a tan santa causa. El consiguió llevar a feliz término el Concordato con el Reich y con Prusia. Pero su labor meritísima fué principalmente la de trabajar por la paz, colaborando con Benedicto XV, y socorrer eficazmente a los prisioneros de guerra.



El Padre del Papa.
Marqués Felipe Pacelli

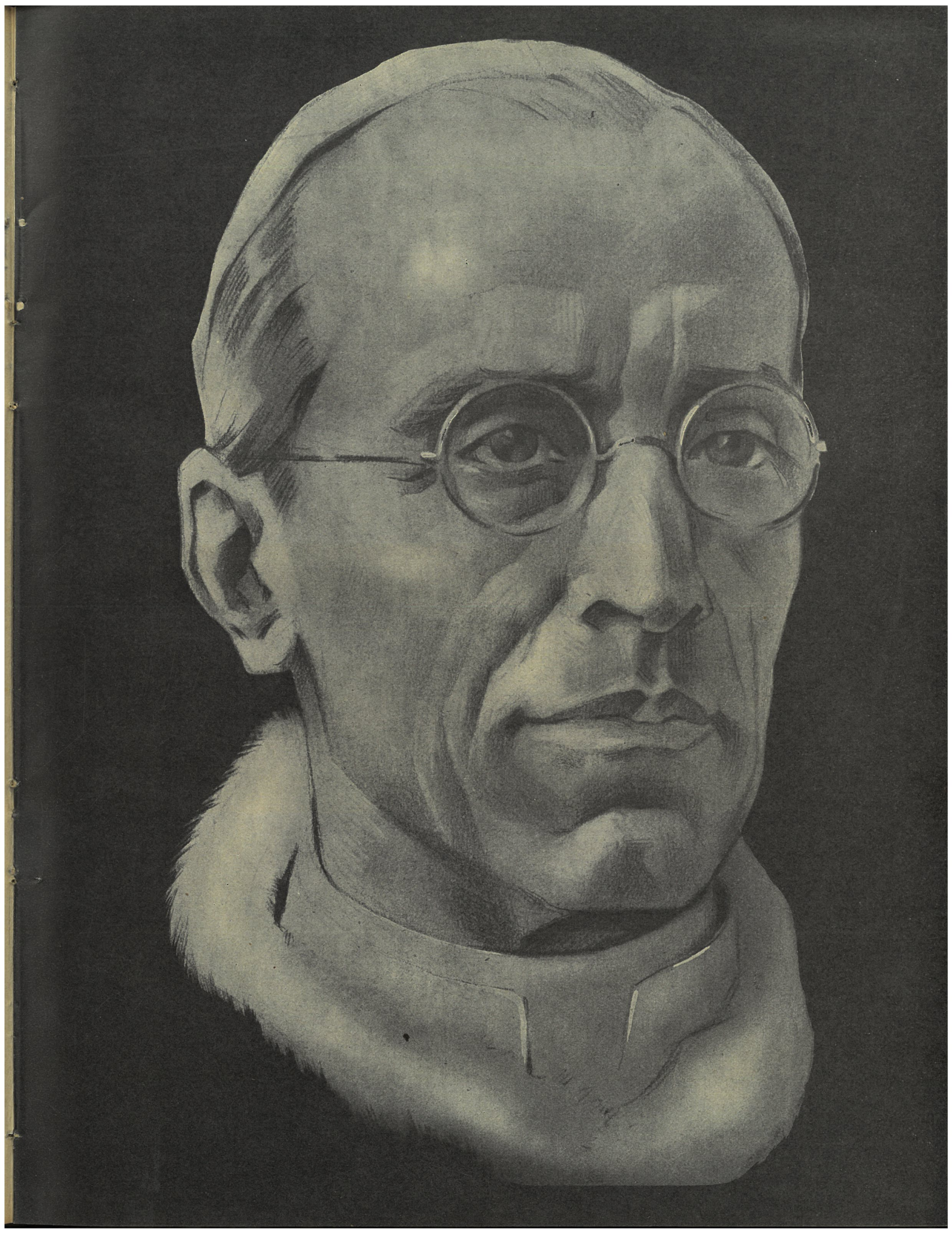
En el gran día de la ordenación sacerdotal

Por fin, Su Santidad Pío XI lo creaba Cardenal en el Consistorio del 16 de noviembre de 1929. Y en el 1930 era llamado a regentar la Secretaría de Estado. Contaba entonces el futuro Papa cincuenta y tres años de edad.

Imposible describir las energías desarrolladas por el Cardenal Pacelli en este nuevo cargo. En él encontró la Iglesia un digno sustituto del sapientísimo Cardenal Gasparri para los tratados concordatorios. El ha firmado los Concordatos con Baden, Austria, el Reich y Yugoslavia y un acuerdo con Rumania. El ha sido el portavoz del Vaticano a las más remotas regiones, especialmente como Delegado Pontificio en los Congresos Eucarísticos. En octubre del 1934 partía rumbo a América para representar al Papa en el magno Congreso Eucarístico de Buenos Aires. En abril del 35 asistía como Legado al Congreso de Lourdes para la clausura del Año Santo extraordinario. En octubre de 1936 hacía un viaje a EE. UU. de América en donde se entrevistaba con el Presidente Roosevelt. En julio de 1937 inauguraba en Lisieux la Basílica en honor de Santa Teresita del Niño Jesús. En mayo de 1938 representaba a la Santa Sede en el Congreso Eucarístico de Budapest.

Y en todas estas Legaciones el Enviado del Papa supo conquistarse la simpatía de los Gobernantes y de las multitudes hacia su sagrada persona, hacia el Santo Padre, a quien representaba, y hacia la Santa Madre Iglesia, a cuya gloria cedía la influencia social ejercida por el Cardenal Pacelli.

Su palabra cálida y apostólica, su presencia aureolada de santidad, su ascetismo y recogimiento en medio de los honores, su exquisito tacto diplomático, siempre elegante y sumamente sacerdotal siempre, ponen en torno a su persona un marco indefinido que exalta la egregia figura del verdaderamente "Pastor Angelicus".



¿Quién dicen los hombres que es?

Iba a iniciarse el otoño de 1934. La Iglesia Católica tenía puesta su mirada en la cosmopolita capital de la República Argentina. Preparábase la celebración del grandioso y sublime Congreso Eucarístico de Buenos Aires. Asistía en calidad de Legado Pontificio el Emmo. Cardenal Pacelli, quien de paso a la Metrópoli Sudamericana, y en ocasión de que el buque recalaba en nuestro puerto, anunció una visita a nuestra ciudad. Recibióse la visita con entusiasmo y devoción filial.

Barcelona entera quiso rendirle ferviente homenaje. Desde sus primeras autoridades religiosas y civiles, hasta el último fiel acudieron al puerto. El ilustre purpurado venía precedido de doble fama de sabiduría y santidad, y la población católica sentía ansias de contemplar la figura venerable de una tan alta jerarquía de la Iglesia.

Llegado el buque e instalada la pasarela, nuestras miradas convergieron en la cubierta. Serían, cerca, las doce del mediodía. Cielo claro, sereno, mediterráneo.

De súbito, respetuoso silencio, que se convierte pronto en un ¡viva! estentóreo al Papa y a su Legado. Acaba de aparecer el Cardenal Pacelli.

Alto, grave, enjuto de carnes, imagen real del asceta. Rostro bondadoso, reflejo de la caridad de Cristo. Una sonrisa suave y dulce se dibuja en sus labios. Irradiaba un no sé qué de bondad y ternura, muestra del corazón maternal de nuestra Santa Iglesia Católica. Su figura siluetada en el cielo azul descendió de la motonave, lentamente, derramando bendiciones a la ciudad y población barcelonesa, tan sedienta, en aquellos aciagos días, de paz y caridad.

Una multitud se agolpó en torno suyo. No pude acercarme a él. Me contenté con contemplar su busto venerable y cariñoso que emergía entre la muchedumbre....

E hizo su entrada en la ciudad...

No sé qué sucedió en mi alma. Pero aseguraría que el perfume de santidad que irradiaba su persona penetró hasta lo más íntimo de mi ser. Experimenté una sensación de consuelo innegable. Recuerdo todavía su figura austera y su actitud humilde, y esta visión produce en mí, aún, el mismo efecto.

El Cardenal Pacelli, decíamos todos, al retirarnos del puerto, como saboreando algo de un gusto exquisito, es un santo...

Como meteoro de luz brillante y fugaz, así pasó por nuestra amada Barcelona el ilustre representante del Papa, camino de Buenos Aires, dejándonos en el alma una huella difícil de borrar.

* * *

...Y el día 2 de marzo de 1939, después de la muerte de Su Santidad Pío XI, con motivo de la elección del nuevo Papa, ingente público congregábase en la Plaza de San Pedro. El Emmo. Cardenal Caccia comunicaba a todo el mundo: **"Annuntio vobis gaudium magnum!** Tenemos Papa en la persona del Emmo. y Rdmo. Cardenal Eugenio Pacelli, que ha tomado el nombre de Pío XII."

Inmediatamente el nuevo Papa aparecía en la "loggia" con sus hábitos pontificios, y daba "urbi et orbi" su primera bendición apostólica.

Después de un Cónclave rápido, la Iglesia acababa de depositar sus llaves en manos de uno de sus hijos más ilustres y esclarecidos. Un cántico aleluyático de acción de gracias brotó de todos los corazones, en todos los pueblos, razas y lenguas del orbe católico. Con la elección del Emmo. Cardenal Pacelli, la Iglesia proseguía ante el mundo entero su camino ascendente ininterrumpido de santidad y prestigio, de sabiduría y grandeza.

Todas las naciones, incluso las apartadas del Catolicismo, así lo reconocieron, congratulándose de la elección del nuevo Papa que ascendía al solio de San Pedro, nimbado ya de una aureola de gloria, bien merecida, de prestigio inmaculado y de paz serena e inalterable ante el agitado vivir del mundo internacional.

El Hombre, el Sacerdote, el Santo, el político y sagaz diplomático, el conocedor de los múltiples y difíciles problemas de la política europea; el sabio, el asceta, el genio, el orador, el políglota con su admirable dominio de siete idiomas; todo en conjunto armónico, vinculado en la persona del Cardenal Pacelli, ascendía a la Cátedra de Pedro, para regir los destinos de la Nave del Pescador.

Como parcela de cielo azul, aparecida por entre densos nubarrones, así la figura de Pío XII ante el panorama tempestuoso de Europa. En la lucha sorda, a muerte, entablada entre las Cancillerías, produjose un compás de espera, de viva expectación, de secreta esperanza, que se manifestaron en los comentarios y presagios que desde los centros oficiales de Europa y América se hicieron en aquella ocasión.

En los círculos de Ginebra, sede oficial de la política internacional, fué acogida la noticia con viva satisfacción. Unánimemente se declaró en las esferas afectas a la Sociedad de las Naciones que el Cónclave "hizo la mejor elección que podría hacer en bien de la Cristiandad y para la colaboración de la Santa Sede en la obra de Paz."

El nuevo Papa — se agregaba en dichos círculos — es un hábil diplomático, perfecto conocedor de las cuestiones internacionales. El hecho de que haya adoptado el mismo nombre que su predecesor llamado el "Papa de la Paz", constituye una indicación de que el nuevo Pontífice se propon continuar la obra de Pío XI y hacer prevalecer en las relaciones entre los pueblos los grandes principios de la cooperación sin violencias y dentro de la dignidad humana."

Todas las naciones recordaban con vivo afecto su sabia intervención en los múltiples problemas a ellas afectos y considerábanse orgullosas de poderlo manifestar así.

Francia, por ejemplo, después de manifestar la

"indescriptible alegría producida en París", y declarar los representantes de la Cámara y círculos políticos y diplomáticos de aquella capital, que "ninguna otra elección habría podido causar mayor satisfacción en Francia", recuerda la notable labor que el Cardenal Pacelli, realizó desde la Secretaría de Estado del Vaticano con el fin de aproximar la nación francesa a la Santa Sede.

Los periódicos de aquella nación reconocían iba a ser dura la labor del nuevo Pontífice. "Pero — decía "Le Matin" — creemos que la llevará a cabo con el celo inteligente y la actividad incansable que le han caracterizado durante toda su vida."

Y en "L'Epoque" le calificaban de "celoso guardián del Dogma Eterno", afirmando que "no transigirá cuando se trate de defender las leyes de la Iglesia contra el materialismo y las doctrinas ateas".

En los Estados Unidos recordaban, desde Wáshington, la visita que el nuevo Pontífice les hizo en cierta ocasión, y después de estudiar su personalidad, Norteamérica resumía su criterio diciendo que la elección del Cardenal Pacelli "constituye — son sus palabras — una garantía de:

"Que el nuevo Papa continuará siguiendo la línea político-social trazada por Pío XI y Pío X;

"Que mantendrá a la Iglesia por encima de las corrientes políticas;

"Que sabrá comprender los problemas de América del Norte."

Y, por último, en aquella ocasión los elementos diplomáticos de Wáshington recordaban que, después de la visita que el Cardenal Pacelli hizo al Presidente Roosevelt, la Administración Norteamericana reiteró repetidas veces el deseo de reanudar las relaciones permanentes entre los Estados Unidos y la Santa Sede.

Asimismo en Inglaterra, la prensa acogió con vivas muestras de simpatía la elección de Pío XII, a quien se consideraba con respeto y estima por sus cualidades diplomáticas manifestadas especialmente en la concertación del Concordato con Italia y con el Reich.

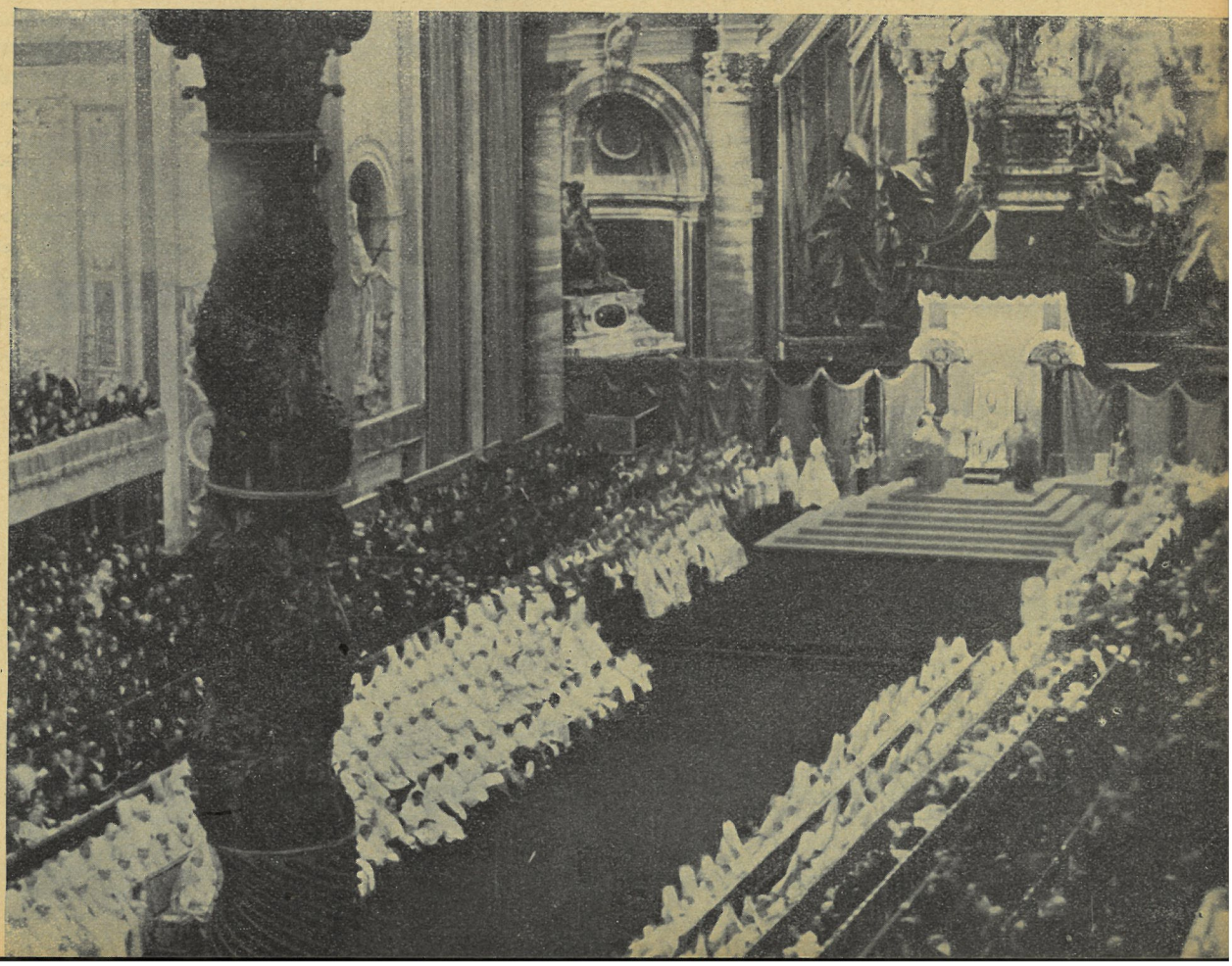
Y así, en uno de sus periódicos, el "News Chronicle", se escribía: "La elección de Pío XII demuestra que será proseguida en el Vaticano la política del mantenimiento de la dignidad y el derecho."

Alemania, recordando su paso por la Nunciatura de Berlín, y Hungría con motivo de su presencia en el Congreso Eucarístico celebrado en Budapest, le dedican también calurosos elogios.

Y, por último, España, resurgente de la terrible contienda contra el marxismo internacional, manando aún sangre de sus múltiples heridas, saludaba a S. S. Pío XII, que tanto había sufrido con nuestro dolor, "como político prudente y diplomático discreto que jamás se inmiscuyó en los asuntos privativos de los Estados, defendiendo en todo momento sólo los sacrosantos intereses de la Iglesia". "Su pontificado — seguía el comentario — señalará un positivo avance en las conquistas espirituales de la Iglesia, que cada día aparece más fuerte y más unida bajo la égida de los sucesores de San Pedro."

El sentir unánime, pues, de naciones y Cancillerías, era y continúa siéndolo hoy, el considerar a Pío XII como uno de los valores positivos de nuestra época, que con toda la serie de Papas que desde San Pedro han sido, dan un mentís elocuente a los enemigos de la Iglesia Católica, por ellos calificada de oscurantista y de espíritu retrógrado y mezquino. Gracias a ellos, guiados por el Espíritu Santo, la nave de Pedro prosigue su camino por el mundo, en medio de las tempestades, siempre serena y tranquila, nimbada de autoridad y prestigio.

GUIU DE MARIA



Ceremonia de la Coronación Pontificia. «Creo en la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana»

NUESTRO HOMENAJE

Roma constituye una meta y un anhelo para todo el orbe católico, porque es la Sede del Papa, cabeza visible de nuestra Santa Madre la Iglesia. El sucesor de un pescador y de un discípulo de Cristo. El Padre de una familia universal nacida del costado abierto de Dios hecho Hombre por una locura de amor. El Maestro cuya Cátedra tiene su fundamento en el Calvario y cuyo libro es el Arbol sacrosanto de la Cruz. El Jefe de una multitud de 324 millones distribuídos por todo el mundo, que cual mansos corderos siguen solícitos la voz de su Pastor, quien sabiamente los conduce por los caminos de la Verdad, de la Luz, de la Paz y de la Justicia. Inteligencia y corazón maternales que velan diligentemente para atender las necesidades de sus dilectos hijos. Poder admirable contra quien no puede la furia del Infierno. Y para nosotros, seminaristas, Roma constituye la Sede de nuestro Supremo Jerarca después de Jesucristo, fundador del Sacerdocio Santo.

Jesucristo Rey rige los destinos de su Iglesia de modo admirable; y una prueba de ello la constituye la grandeza de los hombres a quienes encarga su gobierno, instrumentos idóneos para dirigir el mundo hacia Dios desde la Cátedra de Pedro. Los Pontífices han sido en todas las épocas faros esplendentes que emergen por encima del caos y tinieblas, señalando a los pobres caminantes, con mansedumbre y dulzura vigorosas, las rutas de Vida eterna.

Pero si en algún período de la Historia Universal, aparecieron, para regir los destinos de la Iglesia Católica y velar por los intereses de Cristo, que son las almas de todos los hombres, luminares de primera magnitud, es en nuestra época. Y ninguna duda cabe que uno de ellos es Pío XII: nuestro Papa actual. Su figura se agiganta y crece de día en día a niveles insospechados.

Nuestra condición de seminaristas hace que sintamos una veneración y un afecto profundos para nuestro Papa, que tan alto sitúa el prestigio de la Iglesia, haciendo sentir con respeto, por todo el mundo, su voz reverente, defendiendo con dignidad y firmeza los derechos inalienables de su Tesoro espiritual. Y por ello, nuestro corazón late con violencia al descubrir en sus palabras y escritos la idea fecunda de nuestra futura misión sacerdotal, misión de caridad y sacrificio, por entre las mieses repletas de espigas que esperan tan sólo la hoz del segador para rendir lo ubérrimo de su fruto a nuestros brazos deseosos de recoger...

No podemos dejar de transcribir las palabras que tan vivamente han impresionado nuestro ánimo.

En la Encíclica "Summi Pontificatus", dice "que la salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada. Las energías que deben renovar la paz de la tierra tienen que proceder del interior del espíritu".

Es necesario reeducar la Humanidad, y si se quiere que este trabajo sea efectivo, "tiene que ser ante todo espiritual y religioso. Llevar a cabo esta obra es el oficio esencial y materno de la Iglesia. La predicación del Evangelio y el esfuerzo por arraigar sólidamente sus preceptos es el más noble y más fructuoso trabajo en favor de la paz.".

¿Y quién debe realizar esta labor sino los futuros ministros de Dios? Ya vemos avanzar este innumerable ejército de jóvenes sacerdotes — dejadme soñar — hoy aún seminaristas, recién salidos de la casa Madre, el Seminario, con corazón hecho ascuas, alma y temple de apóstol, ideal de fuego, viviendo para morir con Cristo, y así muriendo conquistar almas, salvar almas, redimir al mundo, bajo las órdenes del representante de Cristo, nuestro amadísimo Papa.

Y prosigue la Encíclica: "¡Qué torrente de bienes inundaría al mundo, qué luz, qué orden, si en todas partes se concediera a la Iglesia, maestra de justicia y de amor, aquella posibilidad de acción a que tiene sagrado e incontrovertible derecho en fuerza del mandato divino!"

La misión divina de la Iglesia — expone valientemente

Legación española, presidida por el Exmo. Sr. Serrano Suñer en el Vaticano

Soldados de España ante el Papa

el Papa — "exige se le deje libre el camino... que no se le pongan obstáculos... que no se limite el campo de su actividad y no se sustraigan las masas, especialmente la juventud, a su benéfico influjo".

Ya que la obra de la Iglesia "aparece más necesaria hoy que en alguna otra época, pues la triste experiencia enseña que los medios externos solos y las precauciones humanas y los expedientes políticos, no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad".

Los seminaristas, ante estas palabras, salidas de un corazón que sufre, que derrama lágrimas de dolor ante la apostasía de los pueblos, ante el apartamiento de las masas de su Dios, experimentamos deseos vehementes de colaborar a medida de nuestras fuerzas a la obra recristianizadora de las multitudes, en particular de la juventud, y volverlos al único y recto camino de la Verdad.

S. S. Pío XII, previendo el trabajo ímprobo de las futuras generaciones sacerdotales, en la audiencia que en 24 de junio de 1939 dió a los seminaristas de Roma, sentaba un programa de formación y preparación cuyo eco ha llegado a todos los Seminarios del mundo. Decía así:

"Si queréis llegar a ser luz de la verdad que nace de Cristo, debéis antes estar vosctros iluminados por esta misma Verdad.

"Si aspiráis a infundir en el corazón de los hombres la caridad de Cristo, debéis antes estar vosotros encendidos de la misma Caridad.

"A fin de que seáis celosos sacerdotes, a ejemplo de San Pablo, nada tengáis en más estima que la Teología tanto bíblica-positiva, como especulativa. Quede bien fijo en vuestra mente que hoy los fieles anhelan ardientemente buenos pastores de almas y confesores instruídos. Estudiad, pues, con fervor piadoso la Teología Moral y el Derecho Canónico.

"...Bebed todos los días, amadísimos hijos, de las inexhaustas fuentes de los Libros Sagrados, especialmente del Nuevo Testamento, el genuíno espíritu de Jesucristo y de los Apóstoles, el cual debe resplandecer siempre en vuestra mente, en vuestras palabras y obras.

"Encended el amor de Cristo en vosotros, mediante la unión con Cristo en la **oración** y el **sacrificio**".

Y recuerda aquella admirable sentencia:

"En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo cayendo en tierra no muere, permanece solo, pero si muere, produce mucho fruto.

"Dejad a otros las polémicas de los partidos políticos; éstos no son asuntos vuestros...

"Finalmente, si queréis progresar en el amor de Cristo, es necesario que cultivéis la obediencia de hijos, la confianza y el amor al Vicario de Jesucristo... para que todos seáis una sola cosa con el Sumo Pontífice".

Bello programa, digno de esculpirse para siempre en el corazón de cada uno de nosotros.

* * *

El día 12 de marzo, nuestro Papa S. S. Pío XII celebrará, y con él la Iglesia Católica, el primer aniversario de su Coronación. ¿Qué mejor obsequio podíamos hacerle que recordar su doctrina y hacerle fiel promesa de cumplirla con toda fidelidad?

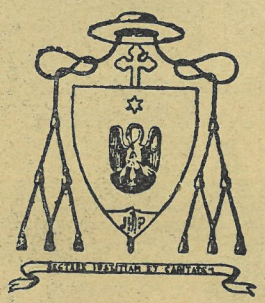
Nosotros, seminaristas, sus hijos predilectos, le ofrecemos nuestras ansias de trabajo, de apostolado, de sacrificio, de santidad. Nuestros deseos de cumplir fielmente cada uno de nosotros como "alter Christus". Y sobre todo nuestras oraciones y plegarias en las duras horas de su vida pastoral:

Oremus pro Pontifice nostro Pío:

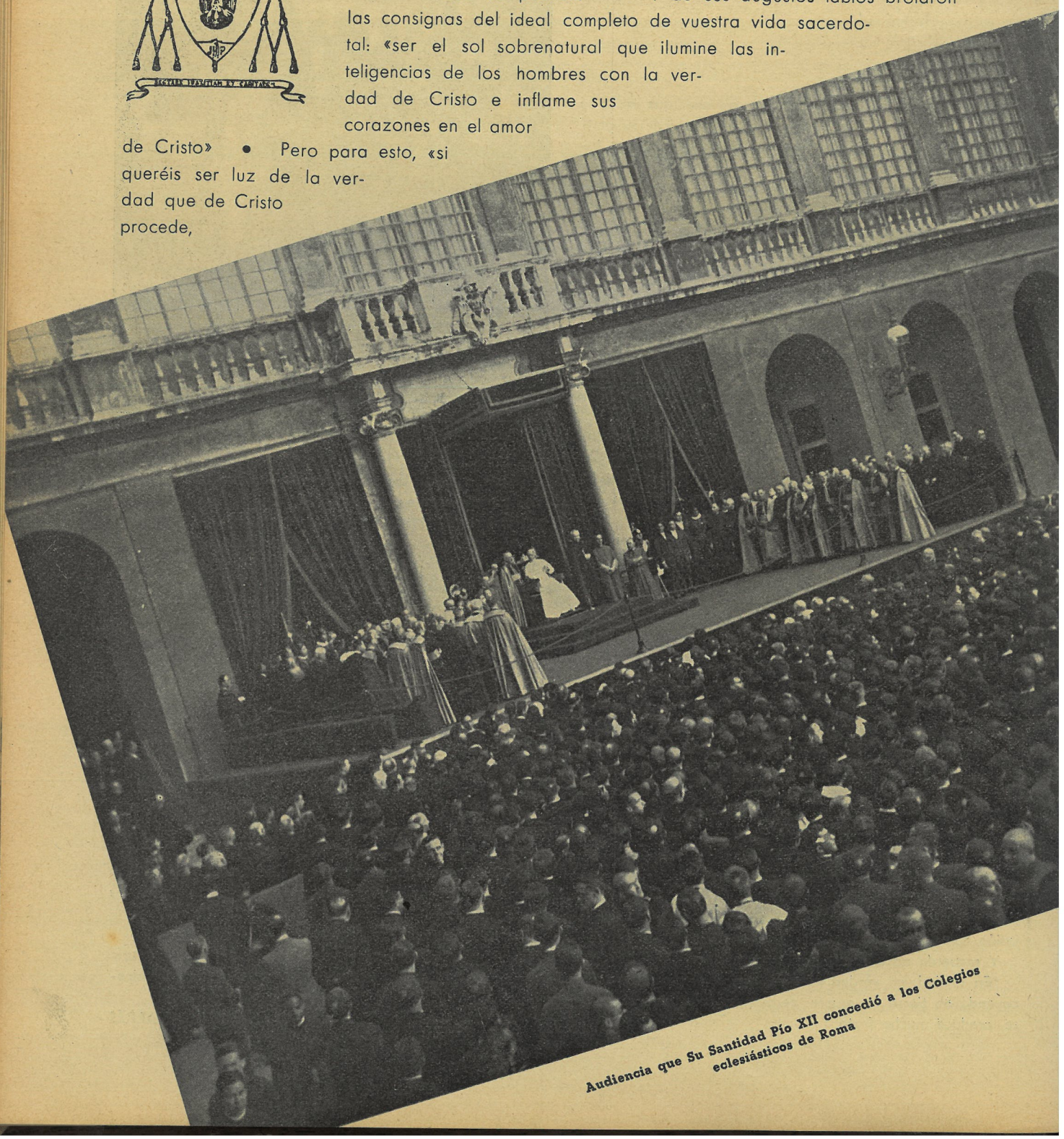
Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum eis.

PEDRO TARRÉS

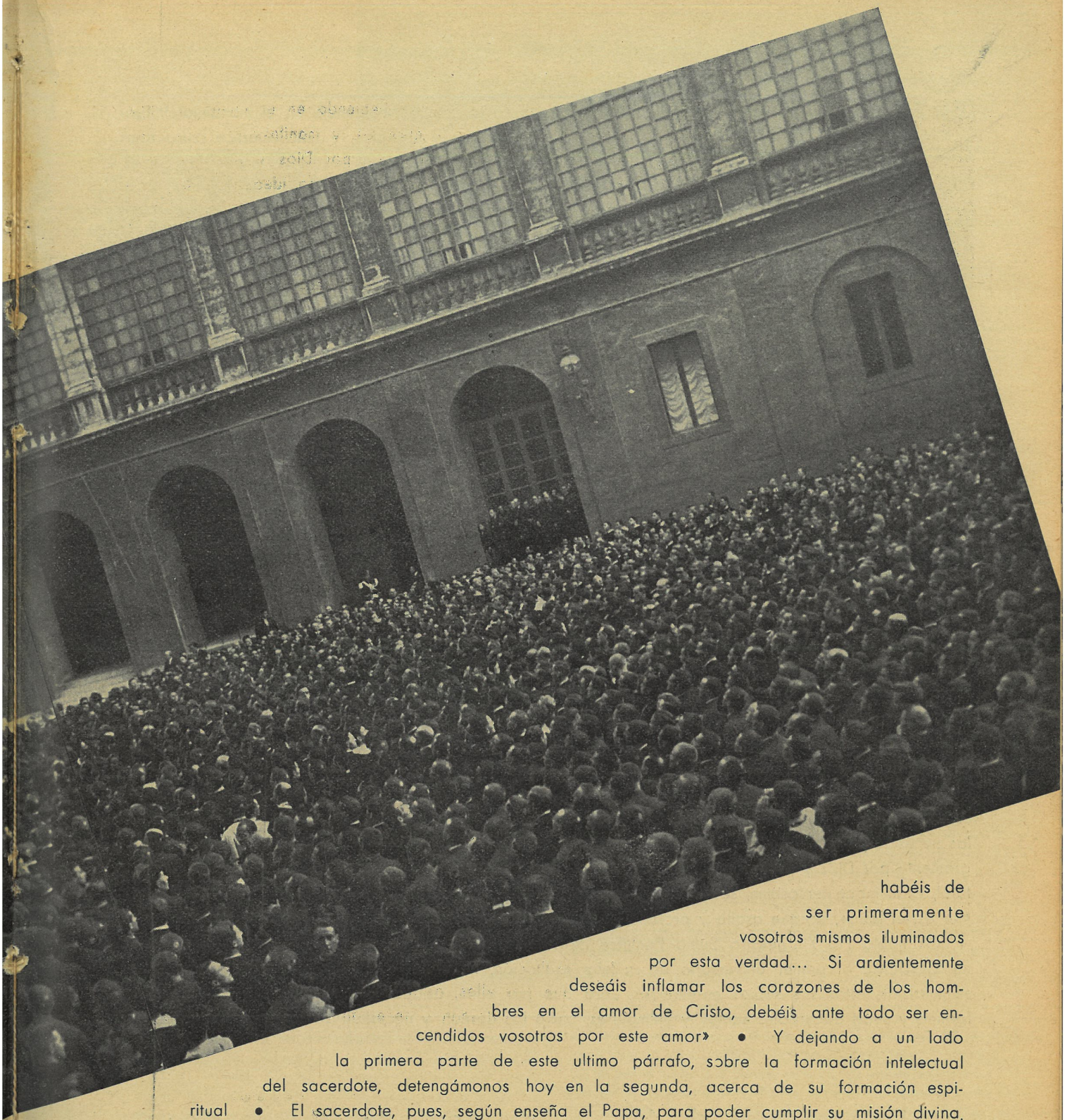
OS HABLÓ PÍO XII...



Sí, amadísimos seminaristas. Y en una audiencia particularmente solemne, de resonancia mundial • Y os habló como se habla a lo más querido, a lo más trascedental, a lo que constituye la más risueña y consoladora esperanza de su corazón de padre... • Y de sus augustos labios brotaron las consignas del ideal completo de vuestra vida sacerdotal: «ser el sol sobrenatural que ilumine las inteligencias de los hombres con la verdad de Cristo e inflame sus corazones en el amor de Cristo» • Pero para esto, «si queréis ser luz de la verdad que de Cristo procede,



Audiencia que Su Santidad Pío XII concedió a los Colegios eclesiásticos de Roma



habéis de ser primeramente vosotros mismos iluminados por esta verdad... Si ardientemente deseáis inflamar los corazones de los hombres en el amor de Cristo, debéis ante todo ser encendidos vosotros por este amor» • Y dejando a un lado la primera parte de este ultimo párrafo, sobre la formación intelectual del sacerdote, detengámonos hoy en la segunda, acerca de su formación espiritual • El sacerdote, pues, según enseña el Papa, para poder cumplir su misión divina, es decir, para ser verdaderamente Sacerdote, tiene que estar abrasado en el amor de Cristo • Mas, ¿cómo podrá conseguirlo? Continúa el Sumo Pontífice y dice: «Encended el amor de Cristo en vosotros por la unión con Cristo en la oración y en el sacrificio» • He aquí las dos ideas madres que encierran toda la esencia de la santidad sacerdotal. Oración y sacrificio. ASIMILARNOS a Cristo en la oración y ASEMEJARNOS a Cristo en la entrega de nosotros mismos. Hacernos

otros Cristos en la oración, bebiendo en el manantial inagotable de sus doctrina y ejemplos, y manifestarnos como tales en nuestra vida de inmolación por Dios y por las almas. • No son ideas nuevas, pero sí son ideas básicas, substanciales, las únicas legítimas en el ideal sacerdotal. Todo lo que no sea esto será adulteración, profanación, caricatura del Sacerdocio • En la oración nos hacemos otros Cristos, porque particularmente allí realizamos en nosotros el «induimini Dominum Jesum Christum» y nos llenamos de ss celo por la gloria del Padre y nos revestimos de su misericordia por los desdichados pecadores y hacemos nuestra su compasión por la desgracia ajena y nos afanamos con Él en las fatigas de su ministerio apostólico y sentimou como propia su insaciable sed de almas y juntamente con Él gustamos la amargura dulce de la tribulación y de la cruz... Es la asimilación de Jesucristo, haciendo nuestros sus sentimientos, sus ideales, su mismo corazón divino • Pero, además, el Sacerdocio dice sacrificio, inmolación, entrega total de nosotros mismos por Dios y por las almas, a semejanza de Jesucristo, que por estos mismos fines generosamente se ofreció e inmoló • Y conviene tener muy presente esta nota esencial del Sacerdocio. Porque, al entrar en Él, de tal manera nos entregamos, que no nos pertenecemos ya a nosotros mismos, ni a nuestras familias, ni a nuestros pueblos, ni a nada temporal o mundano, sino que pertenecemos única y totalmente al servicio de Dios • ¡Oh, qué principio más fecundo en consecuencias éste de nuestro sacrificio total...! Ante el interés supremo de nuestros excelsos ministerios, desaparecen, SE SACRIFICAN nuestros gustos, nuestras inclinaciones, nuestras comodidades, nuestras conveniencias, nuestro descanso, nuestra salud, nuestros afectos más legítimos, los vínculos de sangre más sagrados. El Sacerdote, «ex hominibus assumptus», sacado de entre los hombres, ha sido colocado en un plano superior, que está muy por encima de las necesidades y miserias de éstos: «constituitur in iis quae sunt ad Deum». Todo, exclusivamente, íntegramente por Dios y para Dios • Quien no entra en el Sacerdocio con el espíritu de esta entrega total, «non intrat per ostium, sed ascendit aliunde». Y de este desgraciado puede decirse también que «fur est et latro», porque asalta y profana el Sacerdocio para perdición propia y la de muchos otros • Os habló Pío XII, nuestro Sumo Pontífice gloriosamente reinante... • Por esto, al conmemorarse en SÍGUEME el primer aniversario de su feliz exaltación, he creído oportuno recordaros, amadísimos seminaristas, éstas sus sabias enseñanzas, para que por ellas, asiduamente meditadas y aplicadas, os forméis y seáis Sacerdotes santos y ejemplares, como los desean y necesitan Jesucristo y su Iglesia •

† Manuel, Obispo a. a. de Lérida

Este es el Mensaje del Príncipe de la Paz.

"Con inmenso gozo Nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la Católica España, para expresaros Nuestra paterna congratulación por el don de la paz y de la victoria, con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probado en tantos y tan generosos sufrimientos.

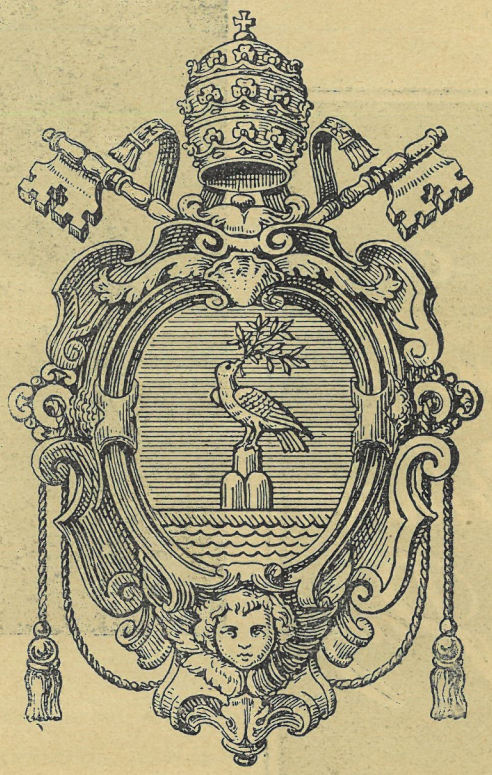
Anhelante y confiado esperaba Nuestro Predecesor, de s. m., esta paz providencial, fruto sin duda de aquella bendición, que en los albores mismos de la contienda enviaba "a cuantos se habían propuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión"; y Nos no dudamos de que esta paz ha de ser la que El mismo desde entonces auguraba, "anuncio de un porvenir de tranquilidad en el orden, y de honor en la prosperidad".

Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La Nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la religión y del espíritu. La propaganda tenaz y los esfuerzos constantes de los enemigos de Jesucristo parece que han querido hacer en España un experimento supremo de las fuerzas disolventes que tienen a su disposición repartidas por todo el mundo; y aunque es verdad que el Omnipotente no ha permitido por ahora que lograran su intento, pero ha tolerado el menos algunos de sus terribles efectos, para que el mundo viera cómo la persecución religiosa, minando las bases mismas de la justicia y de la caridad, que son el amor de Dios y el respeto a su santa Ley, puede arrastrar a la sociedad moderna a los abismos no sospechados de inicua destrucción y apasionada discordia.

Persuadido de esta verdad el sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza se alzó decidido en defensa de los ideales de fe y civilización cristianas, profundamente arraigados en el suelo fecundo de España; y ayudado de Dios "que no abandona a los que esperan en El" (Judit, XIII, 17), supo resistir al empuje de los que, engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación del humilde, en realidad no luchaban sino en provecho del ateísmo.

Este primordial significado de vuestra victoria Nos hace concebir las más halagüeñas esperanzas, de que Dios en su misericordia se dignará conducir a España por el seguro camino de su tradicional y católica grandeza; la cual ha de ser el norte que oriente a todos los españoles, amantes de su Religión y de su Patria, en el esfuerzo de organizar la vida de la Nación en perfecta consonancia con su nobilísima historia de fe, piedad y civilización católicas.

Por eso exhortamos a los Gobernantes y a los Pastores de la Católica España que iluminen la mente de los engañados, mostrándoles con amor las raíces del materialismo y del laicismo de donde han procedido sus errores y



desdichas, y de donde podrían retoñar nuevamente. Proponedles los principios de justicia individual y social, sin los cuales la paz y prosperidad de las Naciones, por poderosas que sean, no pueden subsistir, y son los que se continene en el Santo Evangelio y en la doctrina de la Iglesia.

No dudamos que así habrá de ser, y la garantía de Nuestra firme esperanza son los nobilísimos y cristianos sentimientos, de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos Caballeros sus fieles colaboradores con la legal protección que ha dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica. La misma esperanza se funda además en el celo iluminado y abnegado de vuestros Obispos y Sacerdotes, acrisolados por el dolor, y también en la fe, piedad y espíritu de sacrificio, de que en horas terribles han dado heroica prueba las clases todas de la sociedad española.

Y ahora, ante el recuerdo de las ruinas acumuladas en la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos, Nos con piadoso impulso inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los Obispos, Sacerdotes, Religiosos de ambos sexos y fieles de todas edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la Religión Católica: "Maiorem hac dilectionem nemo habet", "no hay mayor prueba de amor" (Joan. XV, 13).

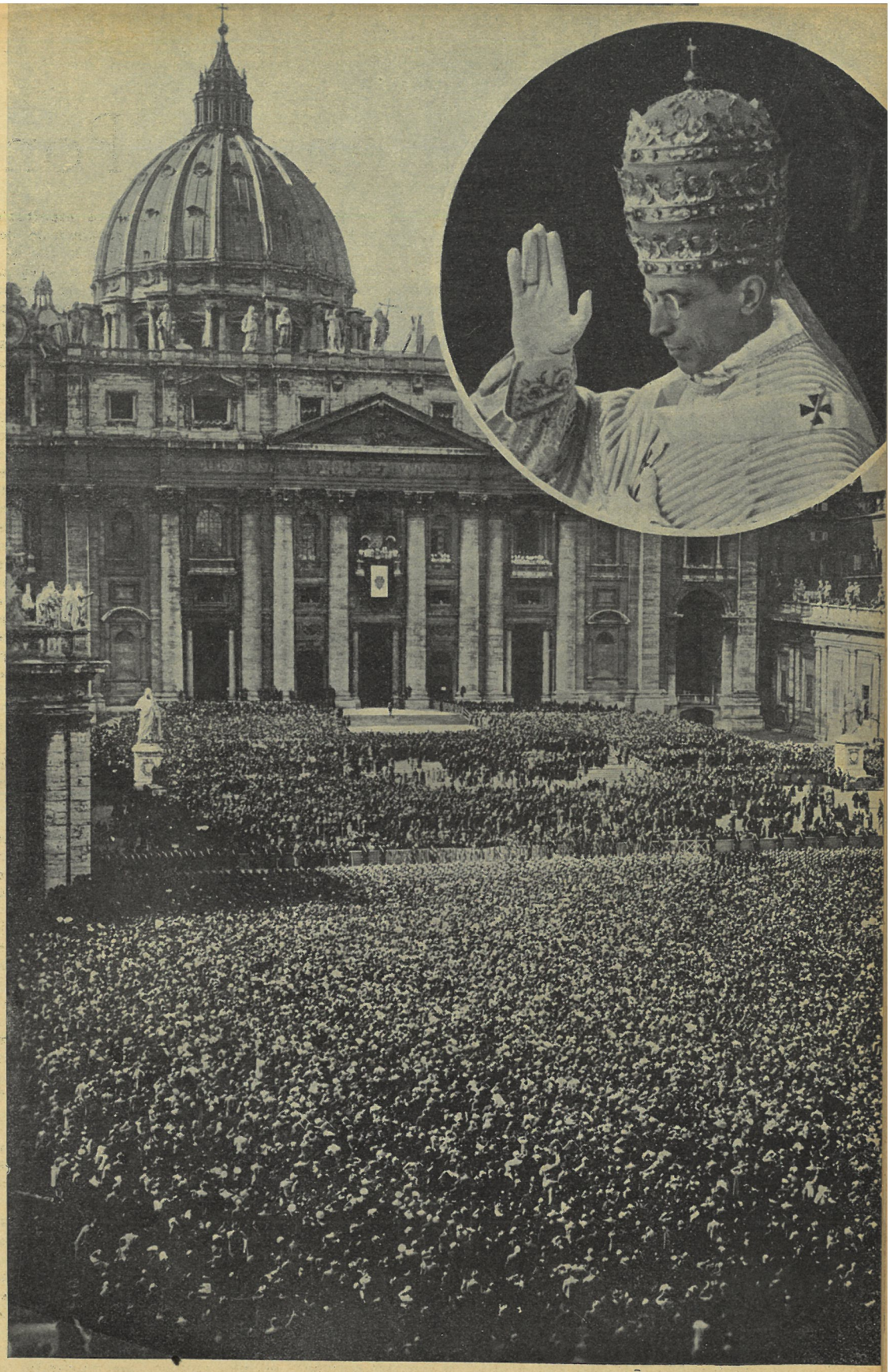
Reconocemos también nuestro deber de gratitud hacia todos aquellos que han sabido sacrificarse hasta el heroísmo en defensa de los derechos inalienables de Dios y de la Religión, ya sea en los campos de batalla, ya también consagrados a los sublimes oficios de caridad cristiana en cárceles y hospitales.

Ni podemos ocultar la amarga pena que nos causa el recuerdo de tantos inocentes niños, que arrancados de sus hogares han sido llevados a lejanas tierras con peligro muchas veces de apostasía y perversión; nada anhelamos más ardientemente que verlos restituídos al seno de sus familias, donde volverán a encontrar ferviente y cristiano el cariño de los suyos. Y aquellos otros que como hijos pródigos tratan de volver a la casa del Padre, no dudamos que serán acogidos con benevolencia y amor.

A Vosotros toca, Venerables Hermanos en el Episcopado, aconsejar a los unos y a los otros, que en su política de pacificación todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con tanta nobleza por el Generalísimo; de justicia para el crimen y de benévola generosidad para con los equivocados. Nuestra solicitud, también de Padre, no puede olvidar a estos engañados, a quienes logró seducir con halagos y promesas una propaganda mentirosa y perversa. A ellos particularmente se ha de encaminar con paciencia y mansedumbre Vuestra solicitud Pastoral: orad por ellos, buscadlos, conducidlos de nuevo al seno regenerador de la Iglesia y al tierno regazo de la Patria, y llevadlos al Padre misericordioso, que los espera con los brazos abiertos.

Ea, pues, queridísimos hijos, ya que el arco iris de la paz ha vuelto a resplandecer en el Cielo de España, unámonos todos de corazón en un himno ferviente de acción de gracias al Dios de la paz y en una plegaria de perdón y de misericordia para todos los que murieron; y a fin de que esta paz sea fecunda y duradera, con todo el fervor de Nuestro corazón os exhortamos a "mantener la unión del espíritu en el vínculo de la paz" (Ephes. IV, 2-3). Así unidos y obedientes a vuestro Venerable Episcopado, dedicaos con gozo y sin demora a la obra urgente de reconstrucción que Dios y la Patria esperan de vosotros.

En prenda de las copiosas gracias que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, y de las que os merecieron los grandes santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, Nuestros queridos hijos de la Católica España, sobre el Jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado Clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, Nuestra Bendición Apostólica."



Jamás un hombre ha sentido gloria más íntima. Su nombre es bendito por todos los labios y en todas las lenguas. Y en su presencia, el pensamiento vuela hacia Dios. Pero El, mientras bendice a sus fieles piensa en aquellos que aún no le conocen. Y dice al Padre: ¡Hágase un solo rebaño bajo un solo Pastor!

Glosa al Mensaje Pontificio

El 16 de abril último, quince días después de terminada la tremenda guerra de España, nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII se dirigía en Mensaje radiado "a sus hijos queridísimos de la católica España", para expresarles Su paternal congratulación por la paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de nuestra Fe y de nuestra Caridad.

Y es de tal magnitud el hecho en la historia de las relaciones del Pontífice Romano con las naciones católicas, y tales quilates avaloran la fineza del Papa para con España, que no podíamos negarnos al requerimiento, para nosotros gratísimo, de poner una glosa al famoso Mensaje, que si tuvo unos días la resonancia de los hechos trascendentales, debe seguir siendo el faro luminoso que nos guíe en estos duros comienzos de la reconstrucción de la Patria.

Es, ante todo, la alocución pontífica a los españoles una rotunda afirmación de la solidaridad de la Santa Sede con la España Nacional. Es "con inmenso gozo" que el Papa nos felicita por la victoria y la paz lograda con ella. Y este gozo inmenso es como la expresión póstuma del mismo sentimiento por parte del gran Pío XI, del que es autorizadísimo testigo el Papa actual, su colaborador fidelísimo: "Alegre y confiado—dice Pío XII—esperaba Nuestro predecesor, de santa memoria, esta paz providencial, fruto sin duda de aquella bendición que en los albores mismos de la contienda enviaba a cuantos se habían propuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el amor a Dios y a la Religión."

En los días durísimos de la lucha, cuando nueve décimas partes de la opinión mundial nos eran adversos, y los "nacionales" quedábamos solos con la justicia de nuestra Causa, gente insensata, de casa, se empeñó en la afirmación de que también nos faltaba el voto de la Sede Romana, de inmenso peso moral. El Mensaje responde oportunamente, en forma categórica, rotunda y clarísima. Es con gozo inmenso que el Papa ha visto nuestra victoria, gozo en que culminan las esperanzas de su antecesor. Esto es lo que quedará en la historia de la actitud pontificia en nuestra contienda. Una bendición papal que cae en los mismos comienzos de la lucha sobre quienes han asumido la tremenda labor de restituir a España los fueros de Dios y de la Justicia; y un estallido de gozo, que las hondas hertzianas comunican a todo el mundo, porque la bendición ha llevado la eficacia del triunfo de nuestros ejércitos.

"Roma non festinat". A Roma ni le urgen apremios ni le conmueven veleidades. Son la verdad y la justicia, sopesadas fuera del campo magnético de la conveniencia, del interés o de la pasión, las que causan los fallos justísimos inapelables, de la Sede Romana.

Y luego, después de la afirmación, la prueba y la razón de ella. El gozo inmenso del Papa tiene una raíz más profunda que el hecho mismo de la victoria y de la paz. Es que en el fondo de la contienda española, son Dios y sus enemigos, la justicia y sus caricaturistas, los que han luchado a brazo partido. "Los enemigos de Jesucristo han querido hacer en España un experimento supremo de las fuerzas disolventes que tienen a su disposición repartidas por todo el mundo". Y "la heroica España, la nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del nuevo mundo y como inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la Religión y del espíritu".

Esta doble afirmación del Papa Pío XII, la naturaleza religiosa de la contienda y la intervención provincial de España en los destinos espirituales del mundo, contiene, por una parte, la condenación de todas las infamias que han corrido por el mundo con el fin de desnaturalizar la esencia de nuestra guerra; y es, por otra, la consagración, solemne y pública, de la verdad de cuanto sobre este tema han dicho el Episcopado español y los escritores católicos. No se ha de rectificar una sola afirmación de la "Carta Colectiva" de nuestro Episcopado. Por lo que toca al autor de estas líneas — y sírvanos ello de descargo del peso abrumador de la mentira y de la calumnia que nos han acarreado nuestros escritos —, sostenemos hasta su último ápice "El Caso de España", la "Carta abierta" al señor Aguirre y "La Cuaresma de España", con otros escritos de menor cuantía en que sostuvimos los puntos de vista de la espiritualidad de nuestra guerra y del juego providencial de España en los destinos del mundo moderno.

Y quedan relegados a la categoría ínfima de afirmaciones embusteras los motes que se han conjugado en cancillerías y tertulias políticas, en discursos y trabajos de Prensa, como causas y soportes de la guerra. En todo hay escorias en este pobre mundo; pero ni la injusticia social, ni la prepotencia del clero, ni el espíritu "faccioso" de algunos militares, ni la necesidad de salvar las esencias democráticas tienen nada que ver con la raíz profunda del inmenso trastorno que ha pasado España. Este nos vino porque manos procaces, al servicio del nihilismo ruso, se empeñaron en remover los profundos sillares en que se asentaba hacía ya siglos el espíritu nacional: Dios y el sentido de justicia del que es Dios el único soporte.

Un tercer concepto tiene el Mensaje, que es preciso poner en buen relieve. Lo que se empezó en católico y en el nombre de Dios no puede flexionarse hacia una ruta dispar con el sentido de Dios y de la Religión católica. "El sano pueblo español, con las dos características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, salió en defensa de los ideales de fe y civilización cristianas y supo resistir a los que, hablándole de un ideal de exaltación de los humildes, luchaban en provecho del ateísmo." Este es el antecedente del entimema. La consecuencia es obvia: "Este primordial significado de vuestra victoria nos hace concebir las más halagüeñas esperanzas, ya que Dios, en su misericordia, se dignará conducir a España por el seguro camino de vuestra tradicional y católica grandeza, la cual ha de ser el norte que oriente a todos los españoles amantes de su Religión y de su Patria en el esfuerzo de organizar la vida de la nación en perfecta consonancia con su nobilísima historia de fe, caridad y civilización católica."

Es lección para algunos espíritus inquietos e irreflexivos de casa. Lo es para quienes, habiendo luchado contra "el sano pueblo español", hayan de incorporarse, después de la derrota, a la obra de reconstrucción de España. A los primeros ha de hacerles entrar en razón la luz clara del ideal católico que predominó ya desde los comienzos de la guerra, y el peso ingente de la sangre que se ha derramado por Dios y por España después de Dios. A los segundos se les ha de recordar que es de justicia que el vencedor imponga la ley, y más cuando ésta es la expresión del alma secular de nuestro pueblo.

En estos momentos gravísimos para España reiteramos nuestra afirmación, hecha repetidas veces: Si España no es católica, francamente católica, romperá con su pasado; y la historia enseña que fenecen los pueblos que rompen el hilo sagrado que transmitió a las generaciones pasadas el vigor y la identidad espiritual de la raza. Si España no es católica, añadimos, si no hace un esfuerzo máximo para rehacerse en católico, habrá cometido un pecado de ilogismo histórico, y estas claudicaciones — testigo la filo-

sofía política de la historia — tuvieron siempre sanciones más duras que las de la inconsecuencia puramente mental.

Analizando el soporte ideológico del Mensaje de Pío XII, lo que sigue de él es como una consecuencia de orden parenético con que el Papa exhorta a gobernantes y gobernados a sacar copiosos frutos de la lección terrible.

Que se iluminen las mentes de los engañados, mostrándoles con amor lo falaz del materialismo. Que prevalezcan los principios de justicia individual y social que se contienen en el Santo Evangelio y en la doctrina de Cristo. Garantía de todo ello está "en los nobilísimos y cristianos sentimientos de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos caballeros, sus colaboradores, con la legal protección que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica".

Lamenta el Papa las inmensas ruinas "acumuladas en la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos". Inclina su frente a la memoria de los obispos, sacerdotes y religiosos y fieles de todas edades y condiciones que, "en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la Religión católica". Tiene un sentido recuerdo para los niños que nos han sido arrebatados y para los pródigos que tratan de volver a la casa del padre.

Un postrer concepto hemos de recoger del gran Mensaje, cuando llama al Episcopado "a aconsejar a los unos y a los otros que en su política de pacificación todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con toda nobleza por el Generalísimo: de justicia para el crimen, y de benévola generosidad para los equivocados". Hay en nuestro pueblo anhelo profundo de paz; pero queda el rescoldo — tal vez dure generaciones — de rencores profundos, más o menos ocultos. Rencores personales y rencores políticos. Es natural. Son inmensos los agravios. Torrentes de sangre se han interpuesto entre personas e ideas. Y la sangre, fuera del espíritu cristiano, ha tenido siempre su clamor de venganza. La filosofía pagana decía que ésta era el placer de los dioses. No es el placer de nuestro Dios, que nos impone el perdón, aunque no con daño de la justicia. Sabemos de ello, y lo que ello cuesta, los que estamos en contacto con estos pueblos vejados por crímenes espantosos jamás oídos. El Papa nos llama a los Pastores a que prediquemos la paz: "Con todo el fervor de nuestro corazón — dice — os exhortamos a mantener la unión del espíritu en el vínculo de la paz." Es nuestro gran deber.

Así, y con Su bendición, invocando a la Virgen Inmaculada, a Santiago, Patrón de España, y a todos los grandes españoles, termina el Papa su Mensaje, que todo español debiera poner sobre su cabeza y su corazón con gratitud profunda, y hacer de él luz, fuerza y guía de su vida, en el orden personal y en la colaboración de todos en pro de la grandeza de la querida España.

ISIDRO, CARD. GOMA Y TOMAS
Arzobispo de Toledo

Orientaciones de la Encíclica
"Summi Pontificatus"

La Iglesia en los momentos actuales

"Las angustias presentes son la apología más impresionante del Catolicismo." - Pío XII.

"Una luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la han recibido."

Una voz se alza desde el Vaticano y los hombres no la han escuchado.

Cuando Pío XII subía al trono pontificio, hace exactamente un año, la paloma de la paz había remontado su vuelo porque en la tierra no encontraba siquiera un palmo donde posar su planta. Con la guerra de las almas ha venido el recrudecimiento de la guerra de los espíritus. Si no hay paz entre las naciones, también es cierto que falta la concordia entre los individuos; si no hay orden social, tampoco hay conciencias tranquilas en orden a Dios; si no hay gozo sereno en el hogar, es porque no ilumina las almas la mirada divina.

En su lucha con la materia se diría que va el espíritu perdiendo terreno a grandes pasos. Aquélla le envuelve como una coraza cada vez más pesada; el ambiente le penetra amortiguando su vida; a la luz de la razón le cuesta cada día más trabajo deshacer las tinieblas. La vorágine del mundo ha seducido al hombre y se ha apoderado de él. No le permite discurrir. No le deja tiempo para pensar. ¿Dónde están, si no, hoy los grandes pensadores del siglo XVI?; ¿los que escribían tomos in folio, sin ilustraciones de media página ni márgenes de varios centímetros?; ¿los de las líneas apretadas y letra diminuta, los de las notas comprimidas y abreviadas en los márgenes, los auténticos investigadores de la verdad, los que podían firmar todo lo que escribían, porque todo era suyo?

Hoy el espíritu sólo ejercita una potencia: la intuitiva. El alma, como la sociedad se pasa la vida asomada al exterior, de puertas afuera, más que en la propia casa. Quizá un símbolo de esto se encuentre en la misma arquitectura, que en los tiempos antiguos sólo permitía ventanas estrechas con apariencia de saeteras — como para defenderse del mundo enemigo —, y hoy las hace rasgadas de cuatro hojas, en constante solicitación a la vida de la calle.

Hoy, lo mismo que se ha perdido la serenidad pacífica de la vida exterior, se ha perdido también la tranquilidad del espíritu.

Por eso hay que buscar algo que satisfaga esta indigencia interior, que llene este vacío espiritual y que asegure la serenidad en medio del vértigo.

Es solemne la proclamación de Pío XII en su Encíclica "Summi Pontificatus" de esa indigencia interior de la humanidad en los momentos presentes. Esa desorientación del espíritu moderno que se nota en todos los órdenes de la vida, tanto social como individual. Esa falta de seguridad que se traduce en la desconfianza mutua de individuos y Estados, en la ligereza con que los solemnes tratados se rompen sin razón ninguna poderosa; esa veleidad que ejecuta todo lo que se le ocurre sin atender a una norma de moralidad fija y eterna; no puede por sí misma constituir la manera de ser del hombre, sino que delata la sujeción que éste padece por parte de las cosas.

Hay que anhelar, pues, una liberación del hombre, una revalorización del espíritu, mediante la comunicación de energías renovadoras que le devuelvan su noble estado. Hay que encontrar una idea-fuerza capaz por sí misma de llenar la vaciedad actual del espíritu y de satisfacer sus legítimas aspiraciones.

Y la Iglesia Católica, "como una bienaventurada visión de paz sobre el torbellino de errores y pasiones", es la única que promete satisfactoriamente esta plenitud del espíritu. "La salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu. El orden nuevo del mundo, de la vida nacional e internacional, una vez que cesen las amarguras y crueles luchas actuales, no deberá en adelante apoyarse sobre la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al egoísmo del arbitrio colectivo e individual. Deben más bien alzarse sobre el fundamento inconmovible del derecho natural y de la revelación divina."

La que sacó al mundo de la barbarie y lo ha elevado al estado de cultura que actualmente posee, influyendo aún en los ambientes más apartados, tiene aún las mismas energías de vitalidad que cuando fué fundada por Jesucristo, y cuenta además en su favor la experiencia de veinte siglos, durante los cuales, proponiendo siempre la misma doctrina, ha hecho frente a todos los sistemas y ha visto derrumbarse muchas teorías inventadas para dar la felicidad a la humanidad.

Por eso, la Iglesia Católica, otra vez se presenta por medio de su Jefe Supremo como la única capaz de solucionar todos los conflictos de la vida del hombre. "La reeducación de la humanidad — dice el Papa —, si se quiere que sea efectiva, tiene que ser ante todo espiritual y religiosa." Y "la doctrina de Jesucristo es la única que puede proporcionar al hombre un sólido fundamento de fe capaz de ensancharle ampliamente la vista y dilatarle divinamente el corazón y darle remedio eficaz en las gravísimas dificultades actuales".

La frase evangélica "Domine, ut videam" expresa bien la angustia que agita la moderna sociedad. Luz y amor que iluminen los corazones cerrados por el egoísmo. Y esta luz sólo la puede dar Aquel que dijo: "Ve; tu fe te ha salvado."

En la lucha constante que el mundo ha sostenido con la Iglesia, no queriendo someterse a la verdad que ella le predica, después de más o menos años de obstinada ceguera, al fin siempre ha tenido que reconocer que la Iglesia no se engañaba. Porque ella es la depositaria de la Verdad, y cuando señala un camino a los hombres lo hace a la claridad de una luz superior.

Dios no ha dado la Iglesia a la humanidad para que sólo viva en el mundo, sino para que llene el mundo. Y al fin tiene que conseguirlo triunfando en las inteligencias lo mismo que en la vida social.

Pío XII espera confiadamente que las actuales circunstancias caóticas del mundo cedan en confirmación de la divinidad de la Santa Iglesia. Cuando vean los hombres que en sí mismos y por sí solos no pueden encontrar una base firme de sostén para sus relaciones mutuas, cuando se vea que la norma de la conciencia pierde toda su fuerza separada de la norma eterna de moralidad, acabará por confesar que la verdad solamente es una, y ésta, la propuesta desde hace siglos por la Iglesia Católica. "Tal vez — dice el Papa con cierto temor, pero también con esperanza confiada —, tal vez (Dios lo quiera) se puede esperar que en esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar y de sentir de muchos que, hasta ahora, con ciega confianza avanzaban por el camino de los erro-

res modernos tan extendidos, sin sospechar lo insidioso e incierto del terreno que pisaban. Tal vez muchos que no entendían la importancia de la misión educadora y pastoral de la Iglesia comprenderán ahora mejor sus amonestaciones que ellos desatendieron con la falsa seguridad de tiempos pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica. Horas de tan penosa desilusión son frecuentemente horas de gracias, un pasar del Señor, en que a la palabra del Salvador: "He aquí que estoy a la puerta y llamo", se abren puertas que de otro modo permanecerían cerradas.

¡Verdad es que el dolor hace al hombre entrar en razón y acercarse a Dios! Y con los pueblos sucede lo mismo.

Por otra parte, tiene la caridad predicada por la Iglesia tal poder de aquietar el corazón humano, que, aunque al principio repugne porque exige sacrificio, al fin avasalla al hombre, porque se lo torna en gozo. El odio no deja de ser algo violento, y, por lo mismo, inestable, pasajero.

«Tu es Petrus, et super hanc petrum edificabo Eclesiam meam»

El mundo, sumergido en el culto de lo presente, se extravía cada vez más y se agota en la fría rebusca de ideales nutridos; tiene sobre la vida una concepción propia en la cual la doctrina de amor y de renuncia del sermón de la montaña son escándalo y locura. Pero, al fin, se ve que eso no le satisface. El mundo está de vuelta después de tantos fracasos, fruto de no dejarse guiar por quien tiene la misión de Dios.

La acción benéfica de la Iglesia, en este sentido, está expuesta en la Encíclica: "La Iglesia sabe que la Verdad que ella anuncia, el amor que enseña y pone en práctica, serán los consejeros y cooperadores insustituíbles de los hombres de buena voluntad en la reconstrucción de un nuevo mundo, según la justicia y el amor, una vez que la humanidad, cansada de correr por las vías del error, habrá saboreado los amargos frutos del odio y de la violencia."

La Iglesia, contra la inquietud interior propone la serena seguridad, conseguida con el dominio de los sentidos y de la ascética de una vida cristiana; contra el vacío del espíritu ofrece la realidad suprema de un mundo sobrenatural maravilloso, con sus verdades fecundísimas para el entendimiento, que dan la explicación satisfactoria de todos los problemas, de todas las aspiraciones de la razón largamente superadas, y con sus realidades concretas para el corazón que aquí encuentra satisfechos todos sus anhelos de renovación, de liberación de la materia, de alegría en el sacrificio, de ayuda en su pequeñez, de belleza y de armonía para su sentimiento. "El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor son la única vía de salvación." "Nuestro más ardiente deseo es: que las actuales angustias abran los ojos de muchos para que consideren en su verdadera luz a Jesucristo Señor Nuestro y la misión de su Iglesia sobre la tierra; y que todos cuantos ejercen el poder se resuelvan a dejar libre el camino a la Iglesia para trabajar en la formación de las generaciones según los principios de la justicia y de la paz."

La Iglesia, para la paz social, "predica e inculca obediencia y respeto a la autoridad terrena, que recibe de Dios su noble origen, y se atiene a la enseñanza del divino Maestro, que dice: Dad al César lo que es del César".

En su acción con el individuo, "no deprime las energías humanas, sino que las levanta a cuanto es magnánimo y generoso y forma caracteres que siguen en todo la voz de la conciencia". Ella puede proponer, en confirmación de esto, a Agustín, un insatisfecho intelectual hasta que vino a darse cuenta de la verdad que le ofrecía la Iglesia; a todo el ejército de santos, hombres heroicos modelos en la formación de sus propios caracteres, seres que han constituído el tipo exacto del hombre, con el equilibrio perfecto entre su alma y su cuerpo, entre sus aspiraciones propias y el respeto debido a los derechos ajenos. La Iglesia puede presentar como ejemplares de la aplicación de sus métodos a Javier e Ignacio, a quienes orientó en las aspiraciones de gloria que les encendían. A Francisco de Sales, que con los consejos evangélicos formó a golpe de martillo su propio carácter. A Francisco de Asís, el vano antes de seguir la doctrina del Crucificado, y el asceta después, el ilusionado con su juventud y el que anhelaba ser despreciado por todos. A Juan de Dios, el romántico aventurero y el que después se arrodillaba para besar las llagas de los pobres.

Y como ejemplo de la aplicación social de su doctrina, puede aducir el siglo dorado de Europa, cuando la doctrina de la Iglesia informaba toda la legislación y cuando la fe en Dios daba el sentido exacto a todas las circunstancias de la vida.

No se diga que la Iglesia "ha retardado jamás el progreso de la humanidad", antes bien, "ella, la que ha dado la cultura a los pueblos, con materno orgullo, se complace y goza de él".

Y, por fin, ella es la única institución humana que tiene asegurada la permanencia por todos los siglos de los siglos.

"Sólo Cristo es la piedra angular sobre la que pueden hallar estabilidad y salvación el hombre y la sociedad. Sobre esta piedra angular está fundada la Iglesia, y por eso jamás las potencias adversas podrán prevalecer contra ella: "Porte inferi, non prevalebunt".

FIRMINO RUIZ

● Guardia Palatina

Haciendo la guardia al Rey del Vaticano

También el Papa tiene sus soldados. Su imperio, si bien es espiritual y abarca a todo el mundo, no deja por eso de ser también un reino temporal, como los de las demás naciones, de gran influencia algún tiempo en la Historia.

Hoy el Estado de la Ciudad del Vaticano es lo más reducido que cabe; pero lo suficiente para que, en la mínima extensión de tierra se apoye el más grande imperio del espíritu, y, aun materialmente, el Estado mejor organizado y más "moderno" del mundo. Ni le faltan al Papa su guardia, su policía, sus servicios de seguridad.

Al inmediato servicio de su sagrada persona están los

GUARDIAS NOBLES PONTIFICIOS. Su número no puede exceder de 76; actualmente no llega a 60 y consta: de un Comandante con la categoría de Teniente General, que siempre es un Príncipe elegido por el mismo Papa (tiene el título de Caballero de la Orden de Cristo y pertenece a una de las familias de la más alta nobleza romana); de un abanderado que lleva el estandarte de la Iglesia —es título hereditario perteneciente a la familia Patrizi—; dos Tenientes brigadieres, 7 Coroneles, 7 Cadetes o Tenientes coroneles, Capitanes y Tenientes, Guardias numerarios, supernumerarios y aspirantes.

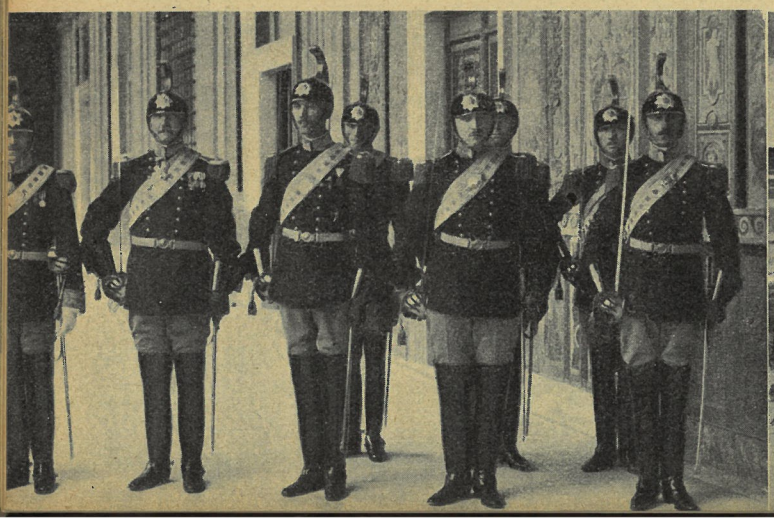
Su servicio es guardar la persona del Papa y acompañarles dondequiera que vaya. No puede ingresar en el Cuerpo quien no sea de familia noble. El Guardia Noble no puede ejercer ni la industria ni el comercio, y en cuanto a su físico, ha de tener buena salud y de talla 1,72 m.

El origen de la Guardia Noble Pontificia se remonta a 1555, en que algunos caballeros fieles prestaban gratuitamente escolta de honor a la Santa Sede.

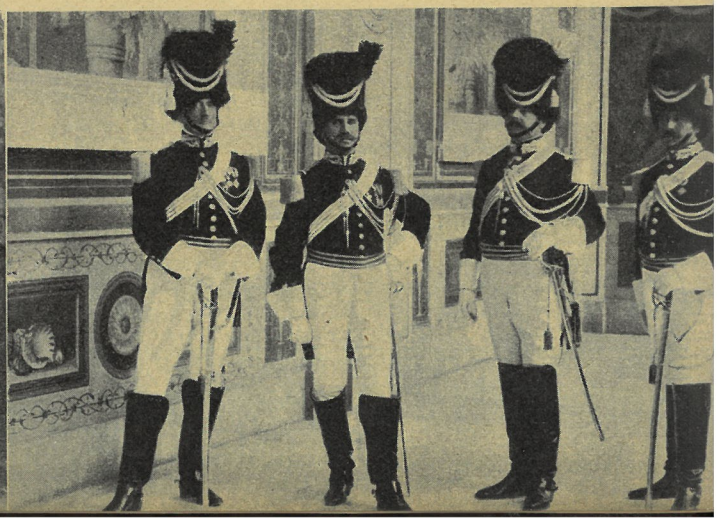
Por defender a Pío VII sufrieron prisión en 1808; defendieron a Gregorio XVI en 1830; protegieron la fuga de Pío IX a Gaeta, y por él derramaron su sangre en la Puerta Pía el 20 de septiembre de 1870. Desde esa fecha hasta los Pactos Lateranenses, en señal de luto por la pérdida de los Estados Pontificios, no fueron nunca de gala completa sino cuando algún Guardia Noble llevaba el solideo a un Cardenal en el extranjereo.

GUARDIA SUIZA PONTIFICIA. Al curioso peregrino que, después de rendir piadoso homenaje al sepulcro de San Pedro, quiere penetrar en los jardines del Vaticano con la ilusión acaso de encontrar en ellos la figura blanca del Papa, o tiene la dicha de entrar a los Palacios Apostólicos, lo primero que atrae su atención es aquel muchacho cortés, de tipo nórdico, que cruza de un lado a

● Guardias Nobles Pontificios



● Gendarmes Pontificios



otro el "Portone di Bronzo" o la "Porta degli Svizzeri", con su típica indumentaria de vivos colores y su alabarda de sabor imperial al hombro. Es un guardia suizo del Papa.

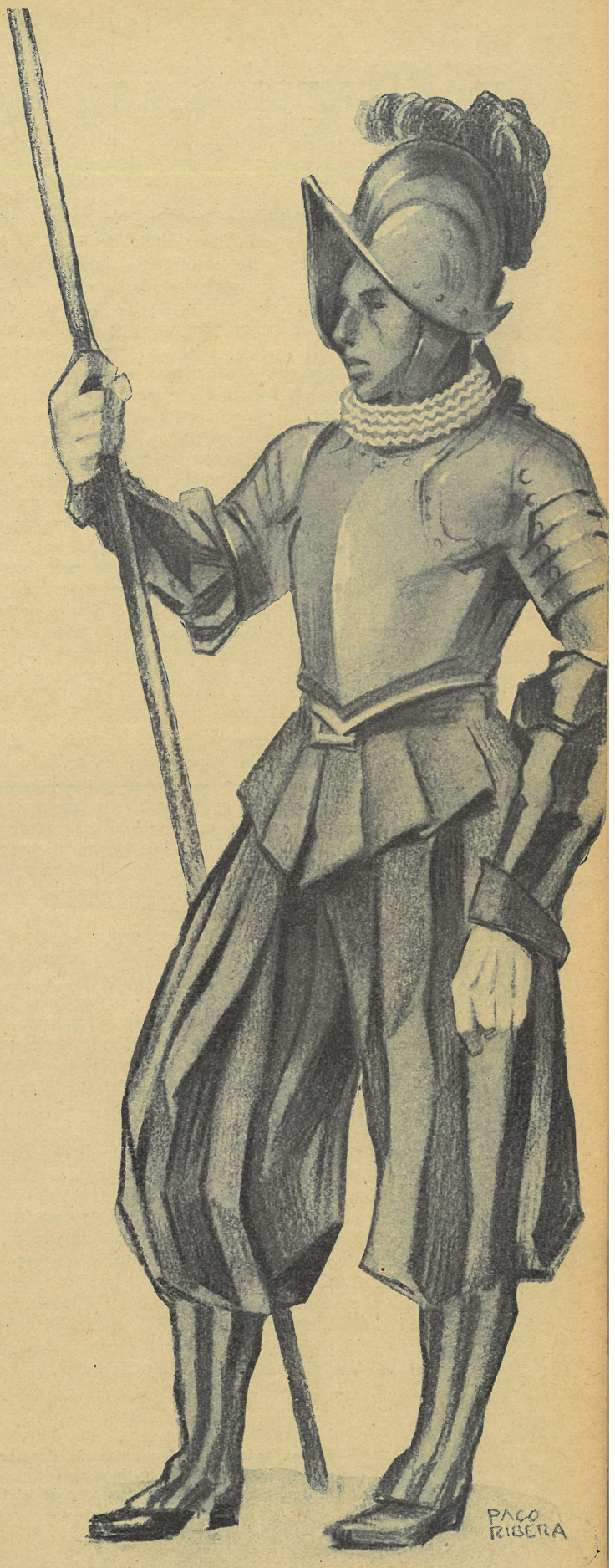
La institución de este Cuerpo data, al menos, del año 1500. El tiene a su cargo la custodia y defensa de la persona del Papa y de los Estados Pontificios. Por orden del Papa, que les había prohibido la resistencia para evitar una inútil efusión de sangre, rindieron sus armas a Napoleón en 1809, marchando a Suiza; pero, al volver Pío VII a Roma, encontró ya de guardia en el Vaticano a los fieles suizos. Su número es de cien individuos, sin contar el Estado Mayor. Actualmente consta de 117: Un Capitán Comandante, un Teniente Coronel, un Subteniente, un Capitán de primera clase, otro de segunda, un Exento, un Capellán, un Teniente, cuatro Sargentos, 7 Cabos y dos porteros, 2 tambores y 94 alabarderos. Ellos son los que hacen la guardia en las puertas del Vaticano, en la Sala Clementin, y dos centinelas en las escaleras que conducen a las habitaciones del Papa. Usan alabarda — con distinta forma, según la graduación — cuando están de centinela en la escalera pontificia, en la Sala Clementina y cuando acompañan al Papa; en las demás guardias usan el fusil con machete.

Para ingresar en el Cuerpo es necesario ser suizo, soltero, no pasar de veinticinco años, ser reconocido en Suiza como apto para el servicio militar y medir 1,74 de altura, y tener buena conducta.

Su fidelidad al Papa es absoluta. En 1848 rechazaron a los revolucionarios que pretendían asaltar el Quirinal, y en 1870, cuando la invasión de los Estados Pontificios, se replegaron en el Vaticano dispuestos a dar su vida en defensa del Papa.

GUARDIA PALATINA DE HONOR. Creada en 1850 por Pío IX, sufrió algunas modificaciones introducidas por León XIII, quien le dió en 1892 el reglamento por el cual aún hoy se rige. Su Estado Mayor lo componen un Comandante, un Mayor y dos Ayudantes Capitanes. Presta su servicio en la Capilla Pontificia y dondequiera que interviene solemnemente el Papa, además del servicio de parada y antecámara.

GENDARMERIA PONTIFICIA. Es la que presta la vigilancia y policía en la ciudad del Vaticano. Fué instituída por Pío VII en 1816. Primeramente tuvieron el nombre de "Carabinieri Pontifici", que se les cambió después por el de "Veliti", quedando por fin con el actual de Gendarmes Pontificios.



Guardia suizo. Mirada de ensueño al pie de ciclópeas columnas. Hacer la guardia al Papa es servir a un Rey inmortal

Pío XII y la Acción Católica

Las últimas palabras del gran Pontífice Pío XI, que pasará a la Historia con el nobilísimo título de Papa de la Acción Católica, fueron para recomendar lo que había sido uno de los anhelos más acuciantes de su vida: la Acción Católica. En ella veía la solución de los múltiples problemas tanto sociales como individuales, y de ella esperaba la renovación de la vida cristiana que ha de oponerse como un dique a la progresiva paganización de costumbres y relaciones. En su Carta póstuma dirigida a los católicos de Filipinas, último latido de aquel corazón consumido en holocausto al servicio de la santa Iglesia, se puede decir que escribe su testamento espiritual para los sacerdotes respecto a la Acción Católica. Habla de la necesidad apremiante de que el apostolado jerárquico sea participado de alguna manera por seglares que, amaestrados y preparados espiritualmente por los sacerdotes y viviendo la vida cristiana íntegramente sean como los expertos exploradores que abran camino a la luz de la verdad y a la acción santificadora de la gracia en los medios alejados de la Iglesia de Jesucristo, siendo siempre para ésta eficientes y sumisos cooperadores. Sobre esto precisamente queremos llamar nuestra atención: que la A. C. será en cada Diócesis vigorosa o raquítica, fructífera o estéril, según la quieran el Obispo y su Clero.

Al extinguirse aquella preciosa vida, no por eso se borraban las directrices de su Pontificado. En la Silla de Roma sólo es uno el que se sienta: Pedro, aunque tenga, según los tiempos, el nombre de Pío o León; por eso las ideas fundamentales son siempre las mismas. Y como la Acción Católica ha entrado ya en el número de las grandes directrices de la Iglesia en los tiempos modernos, de aquí que el anhelo de Pío XI haya quedado también como preciosa herencia a su digno Sucesor.

Pío XII ha penetrado toda la trascendencia del apostolado seglar como cooperación del Jerárquico. Siendo Cardenal Secretario de Estado sentía al unísono de Pío XI y son muchas las cartas por él dirigidas a la Acción Católica en las cuales, a la vez que exponía y aprendía el pensamiento del Papa de la Acción Católica, ponía sus propias normas dictadas por su celo pastoral y apostólico. Lo que entonces era un eco de la voz del Pontífice es ahora, al ascender él a la Cátedra de Pedro, la voz del Papa.

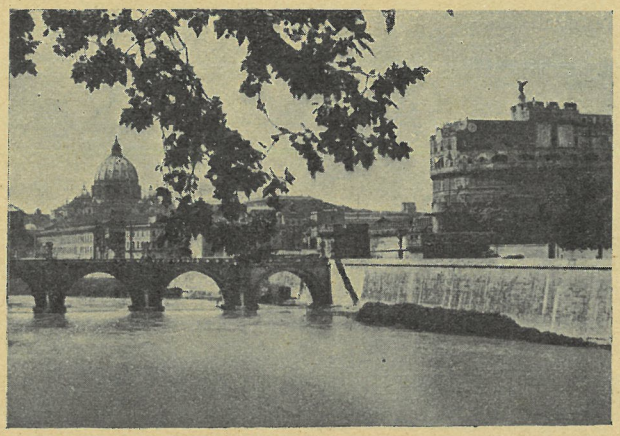
Ya en su primer mensaje al mundo desde Radio Vaticano el día siguiente al de su elección, al bendecir al orbe entero, consagraba un recuerdo especialísimo "a los que militando en la A. C. bajo la dirección de los Obispos cooperan a su apostolado". Era esto **la promesa** de que una de las preocupaciones de su Pontificado había de ser el fomento de la A. C.

Precisamente para darle mayor autoridad y eficacia "ha encomendado la alta dirección de la A. C. en Italia, como ya sucede en otros países, a una Comisión constituída por los Cardenales: Luis Lavitrano, Arzobispo de Palermo; Pedro Boetto, Arzobispo de Génova, y Adeodato G. Piazza, Patriarca de Venecia; y Secretario de esta Comisión, con el título y funciones de Consiliario General Eclesiástico, ha designado a S. E. Mons. Evasio Colli, Obispo de Parma". (22 abril 1939).

Mediante esta Comisión, Pío XII se propone dar un impulso extraordinario a la A. C. italiana que, al lado mismo del Papa, podrá ser el modelo para las de otras naciones.

Dicha Comisión, en un comunicado aparecido en el "Osservatore Romano" el 23 de mayo, manifestaba la convicción de que el clero continuará considerando la A. C. como uno de los cargos principales de su sagrado ministerio", según frase clásica de Pío XI; y abrigaba asimismo la plena seguridad de "que las Autoridades políticas y civiles — conforme el artículo 43 del Concordato y a los Acuerdos del 3 de septiembre de 1931, y debido a la confianza que el Episcopado italiano tiene conciencia de haber merecido en todas las circunstancias aún las más adversas de la Patria — sabrán reconocer que la Acción Católica mira a superiores fines espirituales, religiosos y morales en pro de la Iglesia y de la Patria". Al mismo tiempo la Comisión se reservaba la facultad de introdu-

«Id por todo el mundo predicando el amor y la paz.» Consagración de doce Obispos Misioneros el día de Cristo Rey de 1939



La mole ingente de Castelsantangelo y, al fondo, la gracia exacta de la Cúpula Vaticana

cir las reformas que creyese oportunas para el mejor desarrollo de la A. C. Estas reformas, publicadas el 2 de agosto en el "Osservatore Romano", disponían que: **los Obispos italianos asumiesen más directamente en sus Diócesis así la responsabilidad como la dirección de la Acción Católica. Tal asumpción de responsabilidades por parte de los Obispos "demostrará cada vez más a los fieles cuánto interés se toma el Episcopado por la Acción Católica misma y cómo esto servirá de garantía ante todos respecto a la rectitud de intenciones y acciones".**

Por su parte el Santo Padre no pierde ocasión de hablar de la Acción Católica, de su necesidad, de las relaciones que con ella deben tener los sacerdotes.

Las normas son en general repetición de las ya conocidas, porque, al fin, toda la Acción Católica se reduce a la vida católica; pero hay en Pío XII frases felices que iluminan esas verdades con una claridad nueva. Así hablando el 16 de junio a 46 sacerdotes de diferentes naciones que habían intervenido en un curso de Acción Católica, les rogaba "que el trabajo a que se dedicaban estuviese constante y fuertemente penetrado de la conciencia de su misión: **una misión digna de su sacerdocio,** ya que está ordenada a la salvación de las almas y a la dilatación de aquel reino que constituye toda la razón de la vida de la Iglesia y en el cual solamente es dado a los espíritus encontrar la paz"; "el espíritu de apostolado es el alma de la Acción Católica". Ya los consiliarios los definía diciendo que eran los "**depositarios de sus normas** en un apostolado que bien revela hasta en su mismo nombre su carácter universal, su trascendental importancia **su necesidad urgente**".

Asimismo, frase expresiva es la que escribe también en la Encíclica "Sertum Letitiae" dirigida a los católicos de los EE. UU. **"El cristianismo, si hace honor al nombre que lleva, siempre es apóstol".** Tiene la frase todo el sabor de esta otra de S. Juan Crisóstomo: "Todos los cristianos son portaestandartes y cada uno debe llevar el nombre de Cristo a la faz de la gentes y de los reyes".

¡MINISTRO DE CRISTO!

En su primera Encíclica "Summi Pontificatus" es en donde la palabra del Papa sobre la Acción Católica es más clara, y, si cabe la expresión, más atrevida: En todas las clases, en todas las categorías, en todos los grupos, esta colaboración de los seglares con el sacerdocio encierra preciosas energías a las que está confiada **una misión que los corazones nobles y fieles no podrían desear más alta y consoladora.** Este trabajo apostólico — cumplido según el espíritu de la Iglesia — **casi consagra al seglar ministro del Señor** en el sentido que S. Agustín explica de esta manera: "Cuando oís, hermanos, decir a Nuestro Señor: "Donde estoy yo allí estará también mi ministro", no penséis únicamente en los Obispos y clérigos buenos. También vosotros, a vuestra manera, servís a Cristo, viviendo bien, haciendo limosnas, predicando a cuantos podáis su nombre y su doctrina, para que todos, aún el padre de familia, reconozca en este nombre que debe amor paterno a su familia; por Cristo y por la vida eterna amoneste a todos los suyos, los enseñe, los exhorte, los corrija, use con ellos de benevolencia, ejercite la disciplina; así ejercitará en su casa el ejercicio eclesiástico, y, en cierta manera episcopal, sirviendo a Cristo para que eternamente viva con El".

Con júbilo han saludado estas frases los miembros de la Acción Católica porque en ella se ve, acaso con más claridad que en ningún otro documento pontificio la alteza grande — cierta especie de sacerdocio — del apostolado.

Esa casi consagración del seglar como ministro de Cristo es lo que mejor explica el estado jurídico en la Iglesia de aquellos que forman en las filas de la Acción Católica. Consagración es dedicación a un fin. Este fin es la expansión de la verdad de Cristo, es la vida cristiana plenamente vivida y propuesta como argumento apologético ante todos los hombres; y a eso dedica la Iglesia aquellos seglares a quienes llama para ser sus cooperadores en la extensión del reino de Cristo.

Es cierto que todo cristiano es ministro de Cristo, como dice S. Pedro y tiene un sacerdocio regio como participante del sacerdocio de Jesucristo, pero no hay duda que el llamamiento oficial de la Jerarquía, la extensión de prerrogativas que de suyo son exclusivas suyas, le consagra, le dedica, le consagra de un modo más peculiar y a la vez más íntimo, a Jesucristo y a su Iglesia.

Para merecer esta honrosa distinción de ser considerado como casi consagrado ministro del Señor no basta dedicarse privadamente a los trabajos apostólicos: para ello es preciso que este trabajo apostólico sea cumplido según el espíritu de la Iglesia, según las normas concretas que de ella dimanan, según las organizaciones dentro de las cuales ella quiere que se encuadren sus fuerzas de primera línea.

Y esto es lo que la define a la Acción Católica, lo que la diferencia de las demás asociaciones u organizaciones que miran a un fin apostólico universal y social, pero no por mandato expreso de la Iglesia, no por una misión propiamente dicha. A aquéllos quizá no les falte para ser equiparados a éstos sino recibir el mandato o la misión, pero hasta que no la reciban no gozan de este carácter especial y de los privilegios que en la Iglesia tiene actualmente esta nueva organización de la Acción Católica.

La importancia extraordinaria que esta misión tiene hoy en la Iglesia está reconocida por el mismo Papa. Para los que se alistan en sus filas es título que les ennoblece ante los demás miembros del Cuerpo Místico que es la Iglesia, y para la misma Iglesia marca un nuevo período de espiritualidad, acaso con tanta trascendencia social como la que en determinados períodos de la historia ha tenido la fundación de cualquiera de las Ordenes religiosas.

Esto hace exultar el corazón del Papa: "Sentimos — dice — un íntimo aliento, un gozo celeste (por lo que diariamente elevamos a Dios nuestro agradecimiento humilde y profundo), al observar en todas las regiones del mundo católico evidentes señales de un espíritu que valerosamente arrostra las obligaciones gigantescas de la época actual que con generosidad y decisión se afana por juntar en íntima armonía con el primer y esencial deber de la propia santificación y la actividad apostólica para acrecentar el reino de Dios. Una ferviente falange de hombres y mujeres, de jóvenes de ambos sexos obedeciendo a la voz del Sumo Pastor, a las órdenes de sus Obis-

pos se consagran con todo el ardor de su ánimo a las obras de apostolado para reducir a Cristo las masas del pueblo que de él se habían alejado. A ellos vayan dirigidos en este momento tan importante para la Iglesia, Nuestro saludo paterno, Nuestro sentido agradecimiento, Nuestra confiada esperanza..."

NECESIDAD E IMPORTANCIA DE LA ACCION CATOLICA

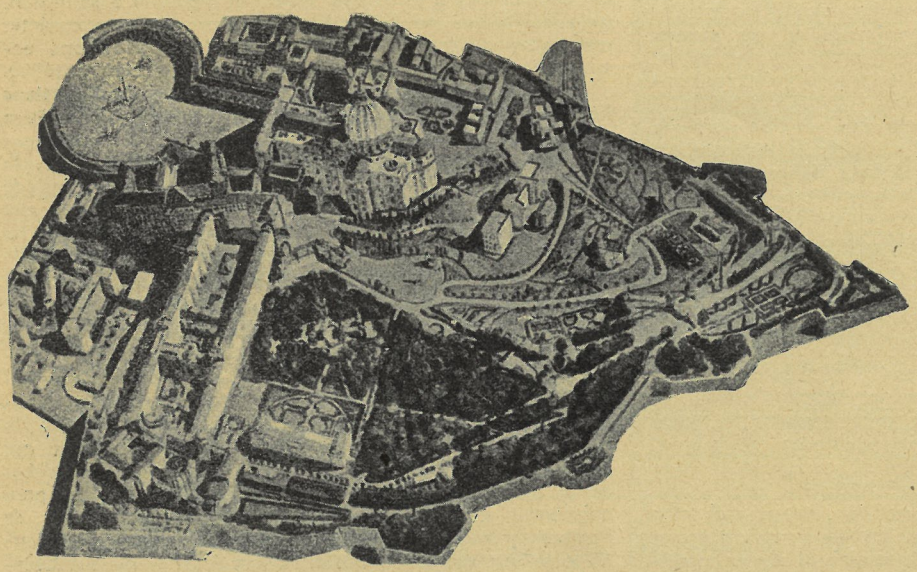
Hoy es necesaria de todo punto la colaboración de la Acción Católica. En Pío XI constituía esta afirmación su obsesión constante, y en Pío XII continúa siéndolo con no menor insistencia. "Conocéis — decía a un grupo de Consiliarios — el valor que tiene en la apreciación de la Santa Sede la Acción Católica", "en su mismo nombre de apostolado revela su trascendente importancia, su urgente necesidad. "El procurar la difusión del reino de Dios que la Iglesia cumplió en todos los siglos, de varios modos, con diversos medios, en medio de múltiples y duras luchas es una orden de mando a la que están obligados cuantos la gracia del Señor arrancó de la esclavitud de Satanás llamándolos en el bautismo a ser conciudadanos de aquel reino". "¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de evangelizar las inconmensurables riquezas de Cristo a los hombres de nuestra época? ¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento las banderas del Rey ante los que siguieron y siguen banderas falaces y reconquistar para el victorioso estandarte de la cruz a los que lo han abandonado? ¿Qué corazón no debería arder y sentirse empujado a prestar su ayuda, a la vista de tantos hermanos y hermanas que por errores, pasiones, instigaciones y prejuicios se han alejado de la fe en el verdadero Dios, y se han separado del alegre y salvador mensaje de Jesucristo? Quien pertenece a la familia de Cristo, sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse espoleado e incitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer cada vez más, los escuadrones de los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreocupándose en la práctica de las verdades vivificadoras y de los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrílegamente las Tablas de los Mandamientos de Dios, para sustituirlas con tablas y normas de las que está desterrada la substancia ética de la revelación del Sinaí, **el espíritu del sermón de la Montaña y de la Cruz?"**

Desde la cumbre del Vaticano se observa más claramente que desde ninguna otra parte la lucha que se desarrolla en contra de la Iglesia de Cristo. Y las palabras pontificias tienen carácter de toque de alerta a sus soldados. Ha llegado el tiempo de que deslinden los campos y de que permanezcan nosotros sólo los fieles. Los que hacen traición a su nombre de cristiano no merecen tan santo nombre. Pero los otros, los buenos, tienen que luchar como tales, y si no, en vano han recibido su bautismo.

Por eso, a la lucha, a la Acción Católica, a la vida reciamente cristiana, a la profesión de fe generosa y constante, están llamados no sólo unos cuantos, sino todos, dada la necesidad de los tiempos. El deber de ser apóstol es inherente a todo cristiano, y el deber de ser apóstol de acción externa y social se lo imponen las circunstancias actuales a todo el que pueda ejercer esa misión. En los momentos actuales de inquietud de los espíritus, poder presentar ante los ojos de los extraviados la luz de la verdad de Cristo es ya un deber que obliga. Hoy más que nunca tienen actualidad las palabras de Nuestro Señor: "ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est"; "ut omnes unum sint ut credat mundus quia tu me missisti". "Qui autem negaverit me coram hominibus negabo et ego eum coram Patre meo qui in coelis est..." Las palabras evangélicas no sólo tienen aplicación delante de los tribunales en los momentos solemnes en que se pide el testimonio de la fe que se profesa, sino en la vida ordinaria, la cual debe ser una confesión perenne de la divinidad de la doctrina que se profesa. Si eran los auténticos confesores los que, sometidos a interrogatorio, no habían negado a Jesucristo y habían sufrido por él persecución, todos hoy tienen la obligación de serlo con su vida ordinaria, no sea que los demás, viendo sus malas obras, las juzguen inspiradas por la religión de quien las ejecuta.

El llamamiento de Pío XII a formar en las filas de la Acción Católica tiene el mismo apremio que el de su glorioso antecesor. Ir contra el espíritu y contra la organización de esta institución de la Iglesia es, pues, ir en contra de la misma Iglesia, y trabajar por que la mente del Papa acerca de la Acción Católica llegue hasta los últimos rincones de las conciencias, creemos confiadamente que es servir a la Iglesia en uno de sus más caros intereses con trascendencia social regeneradora, cual ninguna institución humana, porque la Acción Católica, en su principio y en su externa realización, es la floración de primavera del espíritu sobrenatural de la Iglesia.

EUGENIO FUERTES



Términos del Estado de la Ciudad del Vaticano

«Salus Populi Romani adsis.» El Papa orando en Santa María la Mayor

MENSAJE AL PAPA

Llega a Ti mi voz doliente,
Pastor de túnica blanca,
como un grito desprendido
del temblor de antenas altas...
—suspiros de mi agonía
que llegan sin rumor de alas—.
¡Grita en la atmósfera densa
de odios y de humos de fábricas,
apagando el vocerío
de mi codicia insaciada,
palabra eterna de Cristo
con luces y alientos de alba!
¡Renueva mi juventud
con brisas de mar callada!
Tú, que oíste, Pescador,
y aprendiste su Palabra.
—Ebrio de mi libertad,
retorna mi vida ajada
del festín en que agosté
mi ilusión florida en ansias—.
E ilumine el cielo gris
de siluetas apretadas
de mis ciudades, y el cielo
de los campos de batalla,
llevando paz en su pico,
la tierna paloma blanca
desprendida en su aleteo
de tu noble escudo de armas...

REPIQUES TRIUNFALES

Repiques suenan, cristianos;
¡Alzad la frente otra vez!
¡Alzad unidos las manos
y unid en lazos hermanos
los himnos de gloria y prez!

De nuevo suenan campanas...
Se escucha vibrante el son.
Se oyen sus notas cercanas.
¡Lluvias de flores tempranas
con ecos de redención!

Por el ámbito cristiano
hay celajes de arrebol.
Calla humilde el Oceano
y en la Cruz del Vaticano
refulgente surge el sol.

Repiques suenan de gloria...
De todo el orbe a la faz
se dan gritos de victoria...
¡Ya resurgen de su escoria
los símbolos de la paz!

¡Cuán firme asienta la Tiara!
Furioso ruja Luzbel;
¡jamás Jesús desampara
el Trono que ayer fundara
sobre el Cetro de Israel!

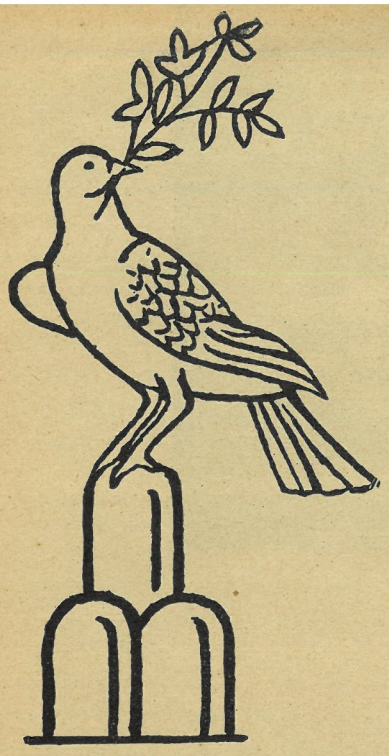
El Augusto Soberano
siente el soplo celestial.
¡Gloria al Príncipe cristiano!
¡Gloria al Rey del Vaticano,
cuyo solio es inmortal!

Y vosotros, los creyentes,
que tenéis un mismo amor,
levantad alto las frentes
y entonad himnos ardientes
a vuestro Padre y Pastor.

. . . . . .

¡Repiques suenan gloriosos
del orbe entero a la luz!
Se alzan himnos majestuosos
y avanzan nuevos colosos
a la sombra de la Cruz.

JESUS BARRANQUERO



Opus Iustitiæ, Pax

Después de la guerra de España, durante la cual muchas veces pareció irreparable el desquiciamiento europeo, con súbita virulencia se rompió la concordia internacional.

Ya la elección del nuevo Papa se realizó en un ambiente de preocupación angustiosa. Pío XII, en su primer Mensaje radiofónico, decía: "A este Mensaje paternal Nos queremos unir un anhelo y un estímulo en favor del mantenimiento de la paz. Esta paz que Nuestro Predecesor, de santa memoria, con santo ardor recomendó a los hombres. En estas horas difíciles Nos rogamos especialmente al Señor que ilumine a quienes se hallan al frente de los Estados." El 9 de abril, fiesta de la Pascua de Resurrección, el Pontífice hacía alusión a los "síntomas de la tempestad", a "las feroces animosidades, egoísmos inexorables de partido y cuestiones de intereses", "señales precursoras de tormenta".

Y él por su parte, puesta su mirada en la humanidad de quien es padre, y en Dios cuyos derechos se conculcan, trabaja cuanto en su mano está por ahuyentar el terrible azote de la guerra. Siguen las negociaciones por vía diplomática, los mensajes — recordemos el que pronunció en la clausura del Congreso Eucarístico de Argel —, las incesantes audiencias, una inmensa labor pacifista de la que se hace eco el Regente Horty en su discurso de Apertura en el Parlamento húngaro. Famosa fué la alocución a los peregrinos venecianos el 19 de agosto, y, sobre todo, el mensaje radiofónico del 24 del mismo mes, en que subraya los peligros de la guerra: "Nada — dice — se pierde con la paz, y todo se puede perder con la guerra."

La guerra temida estalló. No es posible adivinar cuál es la solución del presente dilema bélico. Pero creemos firmemente que la bancarrota actual sólo se explica a la luz de la Encíclica "Summi Pontificatus". El gran olvido de la ley de la caridad universal contrariada por los intereses nacionales, la misión del Estado desfigurada y de absoluta omnipotencia, los derechos de la familia prácticamente negados, la moral en las relaciones de los pueblos pisoteada, han desembocado en este naufragio decisivo.

El Papa ha reprobado valientemente las grandes injusticias flagrantes, señalándolas concretamente con el dedo.

De resonancia grandísima y comentado sobremanera fué el discurso a favor de la paz pronunciado con motivo de las fiestas navideñas. En él precisa las grandes líneas sobre que debe basarse la paz. "Garantizar a todos los pueblos el derecho a la vida y a la independencia. La voluntad de vivir de una Nación no debe significar nunca la sentencia de muerte de otra. Las Naciones deben ser liberadas de la pesada esclavitud de la carrera de armamentos, así como del peligro de la fuerza material como violadora tiránica del derecho. La constitución de algunas instituciones jurídicas que garantizaran la aplicación fiel y leal de los convenios. La benévola consideración de las necesidades justas y reales de los pueblos. Y, por fin, la necesidad de que los gobernantes se dejen penetrar cada vez por el sentido de responsabilidad que mide y pondera los estatutos humanos según las normas simples e inquebrantables del derecho divino, por la sed de justicia que tiene como base la justicia moral, por el amor universal que constituye un puente para los que no sienten la felicidad de participar de nuestra fe."

La voz del Vaticano ha encontrado eco en las apartadas regiones de América, y el Presidente de los Estados Unidos ha enviado un "embajador personal" cerca de la Santa Sede para colaborar con el Pontífice en favor de la paz.

A pesar de todo, la guerra sigue recrudeciéndose, y no sabemos las dimensiones que puede alcanzar. Pero de lo que no dudamos es de que la divina Providencia sacará grandes bienes del mal presente, y que serán confundidos el orgullo y la injusticia. En frase del Papa a los sacerdotes y seminaristas movilizados, no hemos de juzgar las circunstancias desde un punto de vista puramente humano. Quizá naicones hasta ahora enemigas de Dios serán purificadas de sus pecados y florecerán en el espíritu cristiano. A la invasión del sindiosismo sucederá el triunfo del Catolicismo. Tenemos una fe sin límites en Dios y en la catolicidad.

El Papa no se contenta siquiera con su acción diplomática extraordinaria por la paz. El sabe que Dios es el que rige los destinos de las Naciones y que a Dios se le aplaca con la oración y la penitencia. Y a ellas recurre el primero, dando ejemplo a todos los que quieran inscribirse en los ejércitos de la paz. El Papa, cuyo régimen de vida es bien conocido por su austeridad, ha extremado sus privaciones desde el comienzo de la guerra. En su rostro, la palidez ha aumentado y de él se desprende una impresión de anonadamiento.

Suceda lo que sucediere, una verdad queda intangible: el mundo ha de pagar su apostasía de Dios. Y esto será una prueba irrefutable y apodíctica de la verdad católica. Si se hubiera escuchado a tiempo a la Iglesia, los estertores siniestros de la gran guerra no hubieran llegado. Igual pecado se ha cometido en el año 1939 no oyendo la voz de Pío XII...

La voz del Papa no cesa de clamar: "El orden nuevo del mundo, de la vida nacional e internacional, una vez que cesen las amarguras y las crueles luchas actuales, no deberá en adelante apoyarse sobre la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al arbitrio del egoísmo colectivo e individual. Deben más bien alzarse sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca inconmovible del derecho natural y de la revelación divina. Unicamente así tendrán sus decisiones consistencia interna, noble dignidad y sanción religiosa, y no fluctuarán a merced del egoísmo y de la pasión."

Desde esta España misionera en la que surgió como tipo de la raza el caballero cristiano, esperamos la vuelta del mundo hacia nuestros principios. Nuestra tragedia ha de servir para demostrar a las naciones en el futuro, que "la reeducación de la humanidad, si se quiere que sea efectiva, ha de ser, ante todo, espiritual y religiosa". Y, como nota imprescindible, escuchar la voz eterna de Roma.

Pío XII, Padre Santo de la Paz en Cristo, continuará desarrollando sus tareas en pro de la paz. Estamos con él, atentos a su palabra y a su gesto. "Il dolce Cristo della terra", como decía del Papa la Virgen senense, nos guía y nos ilumina. Estar con el Papa es estar con la paz y la justicia.

JOSE RICART TORRENS
Seminarista de Barcelona

Perfil anecdótico de Pío XII

Con Pío XII, después de doscientos años, torna a la Cátedra de San Pedro un Papa nacido en Roma. El último de los Pontífices romano de origen fué el Cardenal Conti, que, elegido en 1721, tomó el nombre de Inocencio XIII.

Y Pío XII siente tan profundamente este amor a su ciudad natal que en los escasos meses que lleva de Papa ha dado muestras significativas cuales ningún Pontífice hasta ahora había dado. Ya el mismo día de su elección cuando se dirigía a la Capilla Sixtina para recibir la tercera manifestación de obediencia de los Cardenales, tuvo lugar un episodio significativo. En el momento en que el Cortejo atravesaba las primeras celdas del Cónclave, el Soberano Pontífice que observó que el Emabajador de Italia se arrodillaba a su paso, invitó al diplomático, Conde Pignatti Morano, a levantarse y le dió la mano con gran cordialidad. Todos los presentes vieron en este gesto del Pontífice la mano que el Papa tiende a Italia entera. Como por otra parte nadie recuerda que el Papa se haya detenido nunca cuando marcha en cortejo, esta detención adquiere un valor histórico y una significación extraordinaria.

* * *

Otra de las pruebas de afecto hacia Italia ha sido la visita a los Reyes Emperadores el día 28 de diciembre, devolviéndoles la que ellos le habían hecho el día 21 en el Vaticano. Pocas veces ha salido el Papa para devolver semejantes visitas a Reyes o Emperadores y desde que el Papa había sufrido la expoliación de los Estados Pontificios, es ésta la primera visita que hace a un soberano y más a un soberano de Italia.

La Historia registra unos cuantos viajes famosos a naciones extranjeras, para entrevistarse con Jefes de Estado:

San Inocencio I fué a Rávena para visitar al Emperador Onorio el año 409.

San León I al campamento de Atila, Rey de los Hunos, en el Mantuano, el 452.

Ormisdas a Rávena para hablar con Teodorico, Rey de los Godos, en el 518.

San Juan I a Constantinopla para entrevistarse con el Emperador Justino, en el 525.

El Papa Agapito a Constantinopla para visitar al Emperador Justiniano, en el 546.

El Papa Virgilio a Constantinopla, ante el Emperador Justiniano, en el 546.

Constantino a Constantinopla, ante Justiniano II, en el 710.

El Papa Zacarías a Terni, Rávena, Pavía, Perugia, en el 742, 743 y 750.

Eseban II a Francia, ante el Rey Pipino, en el 754.

Esteban IV a Reims, ante el Emperador Ludovico I, en el 816.

Gregorio IV a Francia, en el 832.

Juan VIII a Pavía, ante el Emperador Carlos el Calvo, en el 877.

San León IX a Francia y a Alemania, del 1049 al 1055.

Víctor II a Alemania, ante el Emperador Arrigo, en el 1057.

San Gregorio VII al Castillo de Canosa, en el 1077.

Alejandro III a Venecia para tratar de la paz con el Emperador Federico, en el 1177.

Onorio III al Congreso con el Emperador Federico II, en el 1223.

Gregorio X a Lyón, en el 1274.

Clemente V, que pasa la Santa Sede a Francia en el 1036.

Urbano V de Avión a Italia, en el 1363.

Gregorio XI, que restituye la Santa Sede a Roma en el 1376.

Pío II a Mantua en el 1439.

León X a Bolonia para entrevistarse con Francisco I en el 1515.

Clemente VII a Bolonia en el 1529 y en el 1532, y a Marsella en el 1533.

Pablo III a Savona en 1558, a Luca en 1541, a Buseto en 1543.

Clemente VIII a Ferrara en 1598.

Pío VI a Viena para hablar con el Emperador José II en 1782.

Pío VII a París para coronar a Napoleón I en el año 1804.

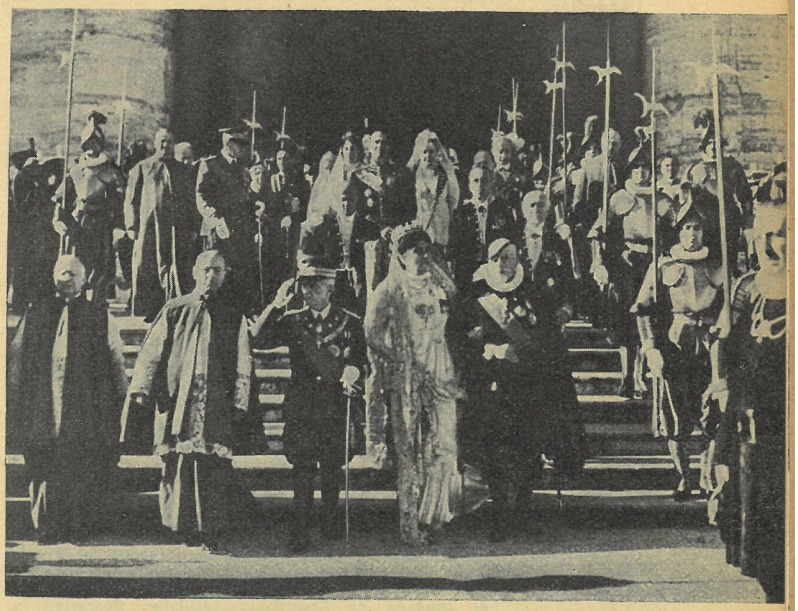
* * *

Mucho de anecdótico y a la vez de significativo, tiene también el hecho de haber sido elegido el primer día del Cónclave. Para encontrar otro caso similar es preciso remontarse al siglo XVI, en que fué elegido Gregorio XVI el 8 de febrero. Ello indica el concepto que de su virtud y buenas cualidades tenían los Sagrados Purpurados. Ni menos extraño es que resultara elegido, a pesar de haber sido Secretario de Estado durante el Pontificado de su Predecesor. Es la segunda vez en toda la Historia de la Iglesia que sube al Trono Pontificio un Secretario de Estado.

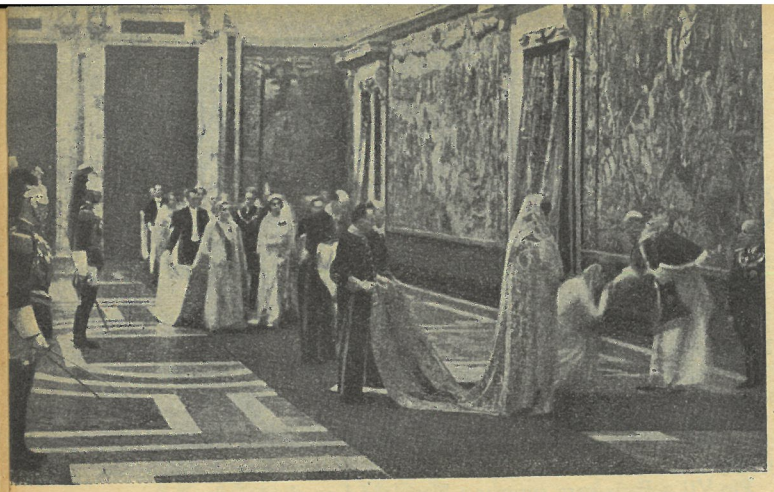
* * *

Pío XII, al igual que su predecesor es un trabajador incansable. Siendo Cardenal Secretario de Estado, desde la mañana hasta la noche no se movía de su mesa de trabajo. Audiencias, relaciones, lectura de documentos, revisión atenta del trabajo encomendado a los demás, consumían su tiempo. Un breve descanso a mediodía, y antes de la puesta del sol, un breve paseo por la «Villa Borghese» en compañía de un secretario que, casi siempre llevaba algún libro o fajo de papeles del Cardenal.

El nuevo Papa ha llevado siempre una vida privada simple y retirada, dedicada especialmente a las obras de caridad y de religión. Como Cardenal Secretario de Estado, se levantaba a las seis de la mañana y después de haber celebrado con gran recogimiento la Misa en la capilla de su departamento y haber tomado ligero desayuno, a las siete y media



Los Reyes Emperadores bajando de hacer su visita al Papa



Pío XII en el Quirinal

empezaba su tarea. Todas las mañanas a las diez y media iba a la audiencia con el Papa para exponerle los negocios de la Iglesia. Hacia mediodía tornaba a su oficina y trabajaba y recibía visitas hasta la una. A la una y media comía y después de media hora escasa de reposo, a las tres salía siempre en automóvil a la magnífica «Villa Umberto» o a los «Castelli Romani», dejando allí el automóvil para dar a pie un paseo de no menos de siete u ocho kilómetros.

A las cinco, vuelto al trabajo, permanecía en él — salvo el tiempo para cenar — hasta la una de la mañana.

Pero, si bien se parece a Pío XI en la resistencia extraordinaria para el trabajo, no así en cuanto a la puntualidad. Pío XII es de una puntualidad absoluta. Durante su Secretariado exigió siempre la misma rigurosa exactitud en todos sus oficiales. Tan escrupuloso es en este aspecto que cuando su intervención en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires como Legado Pontificio, habiéndosele organizado en su honor una recepción, se presentó en el palacio tan a la hora justa que no sólo no habían llegado los invitados sino que ni el mismo anfitrión estaba presentable.

Pío XII pasa por el mejor diplomático del mundo y a pesar de sus ocupaciones siendo ya Secretario de Estado, no se ha olvidado nunca del ministerio Pastoral, por medio de la predicación y del apostolado. Repetidas veces se le veía predicar en las Basílicas de Roma con aquella unción y sencillez en él características. Dotado de magníficas dotes oratorias sabía obtener el máximo rendimiento con la máxima sencillez.

Varias veces durante su Secretariado se difundió la especie de que quería renunciar a su cargo para ir a regir una Diócesis sintiéndose llamado a la cura de almas y al apostolado.

Por fortuna se han cumplido sus aspiraciones y hoy son 400 millones de fieles en todo el mundo de los cuales él es el único pastor, constituído por Jesucristo.

Junto con las condiciones relevantes de orador sagrado, Pío XII tiene facilidad grande para aprender lenguas. Habla y escribe perfectamente: italiano, su lengua nativa; español — como lo demostró en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires en aquellos hermosos discursos en nuestra lengua —; francés — el lenguaje oficial internacional —, portugués, inglés, alemán y latín; y puede seguir una conversación en holandés, en sueco y en húngaro. Pío XII siente especial predilección por nuestra lengua castellana, y goza leyendo las Obras de Santa Teresa y San Juan de La Cruz, cuyas frases a menudo repite en sus alocuciones.

De los 62 Cardenales que actualmente hay en la Iglesia, 32 han sido creados durante el tiempo en que él ha regentado la Secretaría del Vaticano.

De su virtud y vida sobrenatural baste decir que él era quien en la mente del pueblo romano, había de suceder a Pío XI; de su ascetismo da prueba la anécdota que se cuenta referente a uno de sus viajes como Legado Pontificio. Honradísima se consideró cierta noble familia de tener al Legado del Papa por Huésped de honor y le preparó suntuosamente las habitaciones particulares; en especial llamaba la atención el lujo y la elegancia de la cama destinada para el Cardenal. A la mañana siguiente las ropas estaban intactas; Monseñor Pacelli había considerado aquello como demasiado regalo para su persona, y había pasado la noche en una silla.

Selle con franca sonrisa nuestro Homenaje la figura paternal del apóstol de los jóvenes, y en especial de los seminaristas, D. Manuel Domingo y Sol. Su devoción al Papa fué el carácter distintivo en su actuación con la juventud. En 1891 condujo a Roma una peregrinación juvenil a rendir homenaje al Papa. Su anhelo fué siempre hacer amar al Vicario de Jesucristo y seguir filialmente sus mínimas indicaciones. Fundó el Pontificio Colegio Español de Roma. Su espíritu de "romanidad" vive en la Institución por él fundada de Sacerdotes Seculares Operarios, y en los Seminarios Eclesiásticos por ella dirigidos.

TRAJES ECLESIÁSTICOS

José García Bermejo & Cía., Sdad. Lda.

Vergara, 9, 2.º BARCELONA Teléfono 13733

Viuda

J. P.

Barcelona

SASTRERIA ECLESIASTICA

FUNDADA EN 1890

Hija de

Eduardo Prats

GRANDES TALLERES DE TRAJES TALARES

Bordadores, 6 - VALENCIA

Productos
SANATORIUM

NUEVA MEDICACION NATURAL

(SERIE TERAPÉUTICA)

Fórmulas del Rdo. Dr. J. GARCÍA ROCA

Contra el artritismo, dermatosis, obesidad y otras toxemias de etiología úrica,
Depurativo SANATORIUM

Para corregir el estreñimiento y sus causas,
Purgante SANATORIUM

Para combatir las afecciones gástricas,
Eupéptico SANATORIUM

Reconstituyente poderoso en todos los períodos de la tuberculosis,
Regenerador SANATORIUM

Contra la anemia, clorosis y trastornos propios de la mujer,
Píldoras ferruginosas SANATORIUM

DE VENTA EN FARMACIAS Y CENTROS DE ESPECÍFICOS

SERIE ALIMENTICIA

Desayuno	SANATORIUM
Leche vegetal	SANATORIUM
Caldo vegetal	SANATORIUM
Puré de Cereales y frutas	SANATORIUM
Manteca vegetal	SANATORIUM
Mosto (zumo de uva concentrado)	SANATORIUM
Café Malta	SANATORIUM
Cacao-Chocolate	SANATORIUM
Panes de régimen	SANATORIUM

DE VENTA EN FARMACIAS Y TIENDAS DE COMESTIBLES

Para pedidos: LABORATORIOS **PRODUCTOS SANATORIUM**

Calle del Call, 20 y 22 • BARCELONA

BARCELONA
Y MANRESA

Almacenes
JORBA

Es donde siempre comprará Vd. más barato

Pedro Domecq y Cía

Vinos y Coñac

TRES MARCAS DE JEREZ	TRES MARCAS DE COÑAC
LA RAZA	CARLOS I
RÍO VIEJO	FUNDADOR
JANDILLA	TRES CEPAS

DECIR DOMECQ ES DECIR CALIDAD

NAGSA-BARCELONA

PLATERIA
Y JOYERIA

A. SERRAHIMA

Petritxol, 1 • Tel. 20205
BARCELONA

Arte Sacro y demás especialidades para el culto

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SEMINARIO CONCILIAR DIPUTACIÓN, 2 BARCELON

TELÉFONO 10721

CON CENSURA ECLESIÁSTICA Y MILITAR ~ PRECIO DE SUSCRIPCIÓN. AL AÑO. 8 PESET

PRECIO DE ESTE NÚMERO EXTRAORDINARIO: 2'25 PTAS.